

Bolivia Construcciones

Bruno Morales

A la memoria de Franco Lucentini

1.

El viaje desde Potosí fue largo, zigzagueante y sobre todo frío. Me dolían la espalda, el cuello, los hombros, las piernas respondían con torpeza, y no había dormido en toda la noche. Quispe argumentó largamente sobre los orígenes de la virgen que luego, mucho tiempo después, sería llamada de Copacabana y apenas entrecerraba yo los ojos me daba un puntapié certero en la canilla derecha. Al mediodía llegué rengueando al puesto fronterizo, Villazón-La Quiaca. Hacía calor y el cuarto olía a vino picado. Un suboficial argentino, barrigón, de ojos vivaces, más bien petiso y morocho, con la camisa desabrochada y aliento a vino, me preguntó cosas que no supe responder. Adelantaba el cuello, como si quisiera husmear una fuente de asado que un oficial le sacaba de la mesa y nunca le dejaba oler.

-Y decime, ¿por qué venís a la Argentina?

Me sorprendió el voseo y sentí ganas de decirle, para confirmar sus sospechas, "a vender setenta y dos kilos de pasta base chucha-tu-madre", recordando el célebre insulto peruano. Pero cordialmente le dije:

-A visitar a mi madre.

Quispe me felicitó por cómo me había comportado.

-Has estado correcto, muchacho, sobre todo en tus expresiones.

Nos expresamos de modo más correcto que el país hermano, pero

todavía debes aprender mucho de mí: paciencia... -me dijo ya del lado argentino.

Sentí que este país me hacía un gran favor al dejarme entrar, pero no se me ocurría por qué agradecer la deferencia que los argentinos tenían conmigo.

2.

Quispe, que dijo varias veces saber exactamente dónde vivía su familia, se vio desorientado en Buenos Aires. Durante el trayecto desde Jujuy fuimos detenidos cuatro veces. Cada vez, el Quispe les repitió a los gendarmes a qué lugar exacto nos dirigíamos. En Retiro ya no era tan preciso. Preguntaba cosas que la gente no entendía hasta que un diariero le dijo que hablara "argentino" y no "quichua". Eso lo desalentó y sumió en un silencio profundo.

-¿Pero cómo se llama el lugar, la barriada adonde debemos llegar?- me atreví a preguntarle.

-Cállate, muchacho, que me distraes y no dejás meditar.

Me callé. Casi dos horas. Hasta que no pude aguantar la queja de mi estómago vacío. Me dolían los tobillos, las rodillas y los hombros; el bolso a esa altura era una roca. Le propuse entrar a un comedero.

-No, aquí estamos en Once y hay mucho peruano, aguántate y no molestes. Eres un mamón. (Quispe adoptaba ahora una serie de vocablos que antes jamás había pronunciado).

De pronto, en la esquina de las calles Pueyrredon y Bartolomé Mitre se detuvo. Miró el cielo, luego señaló con un dedo el cemento orinado y cubierto de basura y anunció:

-Es aquí. A una cuadra tomaremos un micro y al tiro llegamos.

Fueron otras dos horas de retorcijones. Después del micro, hubo que tomar otro, y después dos más. Me pareció que esos dos últimos los tomamos de sobra pero no lo puse nervioso al Quispe con cojudeces. Cuando bajamos, había olor a asado (vaca sin adobo), la comida preferida de los argentinos.

—Bolita, comprale un choripán a tu sobrino— le dijo alegremente a Quispe un vendedor que se había sacado la camisa.

El Quispe se paró en seco. Torció lentamente el cuello, como en las películas norteamericanas de vaqueros o de Schwarzenegger, arqueó una ceja y se frotó la nuca. Nunca lo había visto así.

—Comprale un vacipán.

Quispe tenía el aire guardado en los pulmones para contestarle, pero en vez de eso me tomó del hombro y me dijo erguido y con autoridad:

—Vamos.

Mientras nos alejábamos, yo no podía sacarle los ojos de encima a la comida, y vi que el cartel del negocio decía "Urkupiña".

3.

El lugar era muy grande. Me hacía acordar a La Paz. Cuando el Quispe pidió orientaciones al bajar del último micro, el señor al principio no entendía, hasta que dijo:

-Ah, la villa. Por ahí.

De golpe, de una casa salió una paisana, y gritó, una sola vez:

-¡Quispe!

Quispe me advirtió, con voz firme pero baja:

-Y ahora, compórtate.

Yo pensaba si nos iba a dar de comer. Cuando llegamos a la puerta, ahí el Quispe hablaba bien alto. Ella lo oía seria, pero aprobaba.

-El que diseñó esta casa, primero, y después el que la amplió, eran sabios, de los que ya no existen.

Con un gesto mostraba la casa, de arriba abajo, y curvando el brazo, una ampliación, que estaba detrás del pasillo más angosto que hubiera visto nunca en mi vida.

Yo no decía nada.

-Conocían su oficio- explicó ahora ella, asombrada porque yo no decía nada.

A partir de entonces nadie la sacó de la idea de que era un opa.

A mí la casa me parecía más esmirriada que las otras, y por ahora no podía apreciar la ampliación, pero había aprendido a callarme.

Cuando entramos me sentí incómodo. El cuarto era chico, estaba dividido por jirones de tela y había un entrepiso hecho de madera húmeda y delgada donde, arriba, se amontonaban algunos colchones. Al Quispe se lo veía contento. La paisana contaba cómo habían cambiado las cosas en Argentina desde hacía solo cinco años. Estefanía (así se llamaba) chistó y apareció un paisano grandodote, despeinado y con gesto ausente. Tomó nuestros bolsos y los llevó al cuarto. La escalera y el piso de arriba crujieron con cada uno de sus movimientos.

-También cambió el costo por las camas, Quispecito, pero luego lo vemos.

-Por supuesto Estefi. Ahora tiene que comer esste niño ansioso e impaciente y luego arreglamos cuentas.

Finalmente, comí.

-Te hice unos platos bolivianos -ella estaba muy orgullosa de entenderme-. Pero son más ricos que allá. Bienvenido al país de la carne.

Eran unas milanesas, muy delgadas de que tanto las machacaran unas viejas que había visto y oído en plena tarea a la entrada de

la casa. Tenían encima ensalada de lechuga ratonil, y encima de la ensalada un copo de mayonesa con una aceituna descarozada que me miraba con ese ojo, o me mostraba el ano.

-Vamos, muchacho, y dile gracias a Estefi.

-Gracias señorita Estefanía.

-Ya pueh.

Con el tiempo, conocí mejor a Estefi -que en realidad no se llamaba Estefanía-. Tenía ideas sobre nutrición.

-Ideas científicas, muchacho -me decía el Quispe-. Ella estudió. Aprende.

A mí las ideas me parecían bastante pintorescas. Como el cuerpo humano sólo puede asimilar la vitamina C contenida en dos naranjas, ella consideraba que tomarse en un vaso el jugo de tres era como tirar una naranja a la basura. Por lo que se había recorrido todas las cristalerías con saldos y ofertas, hasta dar con unos vasos especiales, chiquititos, que era donde servía el jugo de naranja en su restaurant.

4.

Esa misma noche, sí aprecié la ampliación que me había señalado el Quispe. Era el baño, que estaba separado de la casa. La expedición que uno hacía era la justa compensación por las ventajas derivadas de tenerlo lejos. De unos caños salía no solamente un olor fétido, sino multitud de animales: arañas, unos gusanos gordos, cucarachas robustas y patudas, de esas que embisten y atacan, y unos insectos que no he vuelto a ver, que tenían la peculiaridad de tener la panza llena de aire y de tronar al ser aplastados.

Pero la ventaja de este bestiario era que uno lo veía al ir al baño, y ahí lo dejaba y no volvía uno a acordarse de él hasta el próximo viaje.

5.

A la mañana siguiente, sin desayunar, salimos a una calle en la misma barriada del bajo Flores. Con el tiempo, conocí el sólido barrio coreano, más allá de donde vivíamos, donde también había peruanos y paraguayos y argentinos. Pero aquí, donde dormíamos, todo estaba demasiado cerca de todo. Sobre la calle Bonorino había videos con películas chinas y bolivianas, casas y tiendas de comida, templos de Cristo. Un ciego estaba agarrado de la mano de una nena y repartía volantes.

—Puedo oler el pecado en tu mal aliento, muchacho —me espetó el cristiano cuando pasamos al lado. Se ve que el sexo y la edad también se olían.

Me acordé del aliento del suboficial de La Quiaca.

—Nadie va a saciar tu hambre como Jesús —dijo muy segura la nena—. Repartí estos volantes —y me dio un toco.

Yo no sabía si en el templo daban de comer, y miré para adentro. Había mujeres con vestidos largos cantando, levantando los brazos y moviendo las caderas. Una me guiñó el ojo, y gritó:

—¡Hermano!

—El que sabe todo sobre Jesús soy yo —cortó el Quispe—. Si quieres saber algo sobre Jesús, pregúntame.

—¿Por quién murió Jesús en la cruz? —preguntó la nena.

-No te hablaba a ti, ramera. Le hablaba a mi sobrino.

Ya era su sobrino. La nena me quiso sacar los volantes.

-Guárdalos -me ordenó el Quispe.

La nena se me tiró encima y me los quiso arrancar, pero el Quispe lo evitó. El ciego miraba todo divertido. Cuando la nena estuvo cerca, me di cuenta de que ella tenía unos quince años.

Después de un rato de caminar, quise tirar los volantes, que tenían olor a pasta base por la tinta barata.

-Te he dicho que los guardes. Ya verás para qué sirven.

Estábamos caminando para encontrarnos con Pedro, un albañil que me iba a dar trabajo de aprendiz en una obra.

-Él es de Sucre, la capital, la ciudad blanca. Todos los estudiantes de medicina de Latinoamérica van a estudiar ahí.

-¿Falta mucho?

-La paciencia todo lo alcanza. Hemos hecho un largo viaje desde Bolivia. El trayecto de ahora será corto. Mucho más breve.

6.

Para mi gusto caminamos mucho, pero me pareció que esta vez el Quispe conocía el terreno. Habíamos ido por la avenida Varela, que parecía Santa Cruz por lo tranquilo, y nos chocamos con el cementerio de Flores. Entramos. Desde arriba de una loma, el Quispe supo hacia dónde había que caminar. Nos fuimos para la avenida Bonorino. Estaba cerca. Cerca del punto de partida. Había puestos de comida boliviana, y también de comida peruana, enfrentados en torno a puestos con frutas y verduras, autos destartalados que sin embargo se movían y gente ebria, solos o en grupo.

En uno de los límites del barrio había un monoblock que parecía recién hecho.

-Esto no es nada, muchacho, el domingo al mediodía verás cuánta gente hay aquí mismo. Será una fiesta latinoamericana, esto no es nada, ya verás.

Quispe estaba entusiasmado, me decía las cosas y las volvía a repetir, me daba explicaciones y guiñaba sus ojos, alternadamente, a jovencitas que apartaban la mirada y la cara y ni se preocupaban de quejarse a sus novios que las llevaban del brazo o cargaban críos.

Yo estaba impresionado por la cantidad de objetos que encontraba. Casillas apretadas, unas junto a otras, por encima y al costado, pasillos angostos que de pronto terminaban, bares y pequeños comedores, carteles mal pintados, almacenes que vendían desde harina hasta bicicletas y el color abigarrado de las parrillas y los olores que me recordaron otra vez a La Paz pero también a ciertas zonas de Potosí. Era también confusa la música que salía de los departamentos. Se entremezclaban una salsa peruana, un tango quejoso, un bolero, pero se oía con más violencia un ritmo marcado por una voz chillona y mensajes desconcertantes ("yo-quiero-tomar ¡vi-ta-mi-na!, me-compro-una-bolsa-y-estoy-¡pila-pila!"), al que pronto supe que llamaban "cumbia villera".

Ya era más que hora de almorzar. Quispe señaló el piso y anunció con solemnidad:

-Aquí es, a unos veinte metros, hacia la derecha, se come casi como en Oruro. Ya verás.

El lugar se llamaba "Ay qué rico". Quispe pidió una cerveza que demoraron en traerla y un plato de mondongo tibio y de carne dura aunque abundante. La salsa estaba un poco chirle y el mantel olía a vómito y a caca de bebé.

-Ah -el Quispe suspiró- es como volver al hogar luego de un laaargo viaje. Ya verás, muchacho, cómo querrás esta bonita tierra. Argentina es ingrata con los inmigrantes y todavía más con

los bolivianos. Pero Argentina, como las mujeres, fue hecha para ser querida y no para comprenderla. Ahora termina tu vaso de cerveza que mañana comienzas a trabajar. Después de almorzar, nos encontraremos con Pedro.

Ya casi me había olvidado de Pedro.

7.

Pedro hablaba con grandes ademanes y miradas expresivas al auditorio. Lo escuchaban con cansancio o con respeto, pero sin atención. Estaba exactamente en la mitad del bar, y su voz, cuando ponía énfasis, se oía desde la puerta. Sólo que yo no sabía que era Pedro. Cuando entramos pensé: Ojalá que no sea él.

Avanzamos. Pedro nos vio. Interrumpió lo que les estaba enseñando a unos muchachos (después supe que eran ex ayudantes de él en unas obras), extendió los brazos y gritó con la voz más fuerte que le oí:

-¡Pero si acá están el Quispe y su sobrino! ¡Bienvenidos, hijos, BIENVENIDOS a Argentina!

Desde las demás mesas nos miraron con una curiosidad que no duró mucho y después volvieron a sus Quilmes, pero ya nos habían identificado para siempre. Era una presentación en sociedad.

Las paredes del bar estaban pintadas de amarillo y celeste, y había fotos pegadas en bastidores y colgadas como cuadros. Estaba el infaltable Illimani, y había unas fotos más raras, como de hombres y mujeres en unas piscinas, algunos en reposeras y con vasos de bebidas blancas en la mano. No parecían fotos artísticas, yo me preguntaba si eran ampliaciones de fotos de unas vacaciones del dueño o de alguno de los parroquianos.

No tuve tiempo para preguntarme mucho. Pedro y el Quispe empezaron a hablar y a hablar de gente que yo no conocía, y cada tanto me miraban a mí y yo asentía moviendo la cabeza. Los otros muchachos hablaban entre ellos, con un acento que estaba contaminado, y yo trataba de entender lo que decían.

El Quispe quería que me concentrara en ellos dos. Entonces me habló directamente a mí y señaló a Pedro:

-Este hombre es un sabio.

Pedro asentía despacio, complacido.

-Sabe quechua, aymara, español y un poco de inglés.

-I am Pedro. What is your name?

-No entiendo.

-Tienes mucho que aprender, muchacho. A ver esas manos.

Se las mostré.

-Mira las mías. Manos de trabajador. Veinte años construyendo las casas de los argentinos. Así te van a quedar. Pero si trabajas conmigo, vas a aprender, y vas a ser el mejor. ¿O no muchachos?

Los muchachos dijeron que sí, que Pedro siempre tenía trabajo, y que para eso estaban ahí.

-Mañana te espero aquí, en la puerta, a las seis de la mañana. Mejor, a la cinco y media. Vamos a ir a hacer reparaciones en una casa en Barracas.

-Pues ya ves, ya tienes trabajo en Argentina -me dijo orgulloso el Quispe-. ¿Qué se dice?

-Gracias, muchas gracias señor Pedro.

-Nada de gracias. Acá al que trabaja se le paga -dijo Pedro, gustoso-. Unjansinkama.

-Respóndele en aymara -me dijo Quispe.

-Sarxä.

-Ahora ve a dormir, y dile a Estefi que luego yo arreglo cuentas con ella.

Entre las cervezas que tomaron, se había pasado la tarde. Debí dar unos rodeos hasta llegar a lo de Estefanía, no acostumbraba a beber cerveza así que estaba un poco mareado aunque sólo había tomado un par de vasos. Mientras pensaba en el alcohol, pasé por un bar que se llamaba Renée. Tenía un cartel con caricaturas de una boliviana joven con ojos muy anchos, boca escarlata, guantes negros hasta el codo, copa de champán en una mano y cigarrillo con boquilla en la otra.

Al encontrar la casilla escuché ronquidos o jadeos o ambas cosas que provenían de un rincón (supuse que eran de Estefi y del negrote), así que subí las escaleras con una destreza de la que en el mareo me sentí orgulloso. Me acosté y me dormí profundamente. Olía a los volantes, que habían quedado cerca de mi cara.

8.

En el camino desde el barrio, muchas veces, el Quispe me explicaba la Argentina. Era más interesante que las vírgenes del Altiplano, y más exagerado.

-Cuántos buzones -se me ocurrió decir al ver dos o tres más o menos seguidos. No estaba acostumbrado a ver tantos. Nunca había visto a nadie poniendo una carta en un buzón, ni a ningún cartero recogiénolas. Los carteros en Bolivia salían de oficinas.

-No son buzones, muchacho. Son unas cajas que parecen buzones. Las coloca en las esquinas una peligrosa banda de maniáticos. Ni se te ocurra poner ahí una carta. Uno de la banda está mirando. Apenas la depositas y te alejas, viene un auto enorme...

-¿De qué color?

-Negro, muchacho, bien negro. Se llevan el buzón a la guarida de los fascistas antibolivianos, y ahí los maniáticos leen la carta que uno escribió riéndose a las carcajadas.

Lo de los fascistas me impresionó. En Bolivia los fascistas serían más raros que los buzones. A menos que los cruceños fueran fascistas. Después supe que en la Argentina había fascistas, y hasta neonazis. Siempre aparecían por televisión. A la gente le interesaban mucho. Yo quería ver carteros, fascistas, neonazis.

-Ya verás, ya verás -se reía Pedro.

En el barrio no había, pero a unos peruanos viejos que habían sido de Sendero Luminoso les oí la palabra fascista, dirigiéndose al consulado de ellos, o cuando veían los pocos carteles que quedaban con fotos del cholo Toledo.

9.

-Habíamos quedado a las siete, ¿no?

Con estas palabras nos recibió la señora de la casa donde había que hacer arreglos. Nos estaba esperando en la puerta de calle, vestida para salir.

-Este es mi ayudante -dijo Pedro.

Yo le sonreí, y saludé.

-Buenos días, señora.

-Un día tenés que pasar a que te revise los dientes en el hospital donde estoy llegando tardísimo. Bueno, ya saben lo que tienen que hacer. No me dejen la casa hecha un enchastre.

El departamento era el segundo y último piso de una casa no muy grande, de tres ambientes repletos de adornos, pero la señora quería que en el living, frente a un ventanal, hiciéramos una chimenea. Había que ahuecar la pared, y después construir el hogar.

Pedro me mostró la foto de cómo tenía que quedar la chimenea. Estaba en una revista con fotos de castillos europeos.

-Chimney -me leyó-. Chimenea en inglés se dice chimney.

-¿Va a quedar así?

-Sí, más o menos.

En ese momento me di cuenta de que no estábamos solos.

-Hola -dijo un chico de mi edad, de pelo largo y en slip que se acercó para mirar por la ventana.

-Es un hijo de la dueña -me explicó Pedro, mientras oíamos cómo se servía un vaso de gaseosa, tomaba un poco y tiraba el resto en la bacha de la cocina. Después lo vi muchas veces a Ariel. Hacía siempre lo mismo: se levantaba de dormir, tomaba gaseosa, comía, se acostaba, jugaba con la computadora y se oían disparos, hablaba por teléfono, se acostaba. Una vez le pregunté a Pedro si Ariel trabajaba.

-Trabaja con la computadora -me explicó.

Al otro hijo lo conocí al día siguiente.

-¡Pero no puede ser! -gritaba indignado, con la cara roja, leyendo Clarín en ojotas y musculosa. Estudiaba en la universidad y se llamaba Ernesto.

-A este país no lo arreglamos más, viejo, pero este verano va estar calentito...

Yo no sabía de qué hablaba y no sabía si nos hablaba a nosotros. Estaba sentado en un sillón.

-Sin duda, amigos, en estas condiciones veremos una insurrección espontánea, fulminante.

Nosotros encontramos un caño picando la pared.

-Pregúntale al lector dónde tienen la llave de gas -me ordenó Pedro.

Me acerqué y le hablé. Al mirarme la expresión de su rostro era de sorpresa y, al mismo tiempo, de desgano, como alguien que se levanta de dormir.

-Ah hola viejo -dejó en el piso el diario, los lentes y un vaso a medio terminar de jugo de frutas. ¿La llave de gas? Eeh... me parece queeee... No sé viejo, mi mamá sabe esas cosas... Cuando venga le pregunto.

-Cuando viene le pregunta a la madre -le dije yo a Pedro. Pedro me miró indignado.

-Que la llame a la madre, o acá volamos todos.

Ernesto la llamaba, pero no la conseguía.

-Qué raro, mamá siempre contesta. Debe tener el celular apagado, o está fuera del área de cobertura.

-Dijo que iba al hospital.

-Ah, debe tener a alguien con la boca abierta. Voy a llamar para que la saquen de ahí.

Al rato la consiguió. Nos dijo que ya venía para acá; había dejado a una chica con el tratamiento de conducto a medio hacer.

10.

La señora Alicia estaba personalmente indignada con nosotros.

-¿Pero cómo puede ser que pase un caño por ahí? -preguntaba cuando se lo mostramos. Casi creía que el caño lo habíamos puesto nosotros-. Justo tenían que agujerear donde estaba el caño.

Los días siguientes hubo que cambiar el caño, que era de gas. No se podía cocinar, y Ariel y Ernesto llamaban por teléfono y pedían empanadas y pizza (siempre tenés que pedir a la piedra, viejo).

Una mañana, Ernesto apagó la radio.

-Basta de cumbia, viejo, vamos a escuchar un poco de música.

Puso un CD en el equipo que tenían en el living, donde iba a estar la chimenea.

-Es free jazz -aseguró Pedro cuando oyó los primeros sonidos de un instrumento agudo y metálico-. Jazz libre.

Ernesto cerraba los ojos, hacía gestos como si le estuvieran sacando una muela, implorando que nos calláramos. Después movía el torso y las manos como si hiciera sonar una trompeta.

-Ah -dijo al final del tema-. Aaaaah. Esto sí es música.

Se fue a la pieza para mirar un video. Nosotros seguimos picando la pared, pero no apagamos el equipo ni reencendimos la radio cuando se acabó el cd.

Ernesto volvió. Tenía en la cara la marca de la almohada. Parecía que se había quedado dormido mirando el video alemán.

-¿Qué pasa que están tan apagados? La raza de bronce es melancólica. Es por tantos siglos de opresión: cinco siglos igual, viejo, así no se puede.

Puso otro cd, de canciones brasileñas que cantaba una mujer que tenía voz de anciana y arrastraba las palabras. Ernesto silbaba la melodía, concentrado, y nos miraba mientras levantaba rítmicamente las cejas. Hacíamos bastante ruido, pero a él no le importaba.

-Es un buen laburo, el de albañil -dijo cuando se acabó la canción-. Estás como en tu casa, tranquilo, escuchando la música que te gusta.

Encendió un cigarro.

-Es de Cuba, único territorio libre de América.

De pronto Ernesto se enojó y se puso vehemente. Más tranquilo, cambió de tema.

-Alguna vez deberían hacer el intento de probar habanos. No se debe fumar como un cigarrillo. A esto se lo respeta porque se lo saborea.

Aspiraba y arrojaba bocanadas grandes, que Pedro olía con interés. Ernesto estaba un poco rojo, los ojos le lloraban y se puso a toser. Cuando al fin paró dijo:

-Esto es muuuuy fuerte viejo. Yo en verano -agregó- agito una murga que lucha por los derechos de los inmigrantes y de todos los trabajadores. Justo en un rato me tengo que ir a una reunión en la facultad con mi novia. Qué huevos tienen los bolivianos. Quemar a un alcalde. Así tendríamos que hacer nosotros con los corruptos. Basta de boludos. ¡Justicia popular, carajo! Ahora me voy a tirar un rato antes de la reunión, viejo.

Cuando nos fuimos, a las siete y media de la tarde, Ernesto seguía durmiendo.

11.

Cada vez que volvía al barrio, el Quispe me pedía que le contara lo que habíamos hecho.

—Cuánto has aprendido, muchacho. Sigue así.

Él no había conseguido la mesa de coser para arreglar zapatos. Se la había prometido Estefanía.

Al final del barrio, pero ya afuera, había una escuela. Era de ladrillos de cerámica, y tenía rejas, un patio grande con piso de cemento, altoparlantes, un profesor con voz de mujer y una profesora con voz de hombre. La escuela armaba un ruido infernal. No por los alumnos, que no se los oía, sino por los maestros y los altavoces. Se oían órdenes, y cantos patrios, y hasta se daban clases enteras en el patio.

El Quispe me explicaba con ganas muchos temas.

—En el mundo que se viene, o nos morimos de sed o de hambre o de asfixia por la contaminación. Es el efecto invernadero. El caso es que todito esto se acaba —y tomaba un gran sorbo de cerveza y se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

Señaló a donde estaba la escuela, al final del barrio, en el atardecer. Se veía un humo color plomo:

—¡Y pensar que eso es lo que respiramos!

El Quispe cabeceaba desalentado, y servía lo que quedaba de la cerveza.

-¡Otra!

El que la traía me causaba admiración, porque la sabía abrir con una cucharita.

12.

Después de que terminamos de reponer el caño de gas podrido, la señora Alicia quería que emprolijáramos la pared antes de empezar a romper a medio metro de ahí. Pusimos el enduido, y pintamos blanco marfil.

Donde la señora Alicia quería que rompiéramos ahora pasaba, evidentemente, un caño de agua, porque en la terraza salía una canilla que ella usaba para regar las plantas. Nunca vimos que Ariel o Ernesto las regaran; una vez que ella se olvidó, nos llamó a Pedro y a mí y regamos nosotros.

-No, no, el arquitecto me dijo que la chimenea había que hacerla acá.

Rompimos, salió agua, inundamos, desteñimos la moquette, cambiamos el caño, emprolijamos. La oímos a la señora Alicia. Una amiga la había llamado al celular.

-Sí, son bolivianos y muy trabajadores. No, nada que ver con los peruanos. ¿Pero a vos te parece? Justo fueron a romper donde pasaba un caño de agua. Ahora me llueve por todos lados. No, no sé qué voy a hacer. Pero este invierno voy a tener la chimenea.

13.

También en el barrio se construía. O antes de llegar al barrio coreano, pero en el borde, donde había casas de argentinos y olor a paty. Uno decidió construir lo que llamaba una protección para su casa, que quedaba arriba de una fábrica de pastas. Nos mandó llamar. La protección consistía en agregarles cincuenta centímetros a los muros de un tendedero que estaba en la azotea, donde también tenía un lavadero y una pileta de lona pelopincho.

Sobre los centímetros de ladrillo que agregamos nos hizo poner vidrios de botellas rotos y entre los vidrios filas de fierros como puntas de lanzas. En la entrada del tendedero que daba a una escalera caracol pusimos una puerta con barrotes, y para la puerta el dueño compró un candado. La idea del dueño es que si alguien andaba por las azoteas de las casas vecinas con ganas de entrar en la suya, primero tenga mucha dificultad en escalar el muro, se corte con los vidrios, se entierre los fierros y descubra después que quedó encerrado en lo que él llamaba una celda sin techo.

Se mostró contento con nuestro trabajo.

-Es un monumento a la seguridad -decía, y desde la calle estiraba el cuello para mirar el brillo filoso de los vidrios marrones de las botellas de Quilmes rotas.

Tardamos dos meses en hacer todo. Mientras estábamos ahí, comíamos con la familia. El dueño nunca estaba.

-Tengo cosas más importantes que hacer -le oímos decir.

En la cabecera de la mesa estaba el abuelo, el padre del dueño. Era inmigrante italiano. Había hecho la fábrica de pastas con estas manos -las mostraba de un lado y del otro- y todavía amasaba. Cuando nos sentábamos, él ya había comido.

-Yo, yo almuerzo a las once de la mañana y ceno a las cuatro de la tarde, cuando el sol no está ni demasiado caliente ni demasiado bajo. Aprendí de mi abuelo, que vivió más de noventa años, ¡noventa años!, y nunca dejó de funcionar -y hacía con el puño el movimiento de un pistón, y chiflaba.

Nunca le hablaba a su nuera, que era de familia criolla. Y menos al hermano de la nuera, que iba vaciando la sopa en un plato playo, para que se enfriara. El menú, me dijo la nuera, es italiano, sopa caldosa de pasta, pollo con polenta. Cada vez que lo servían, Pedro me recordaba que el sábado iríamos a comer chicharrón o fricasé en Bohemia, el mejor lugar de la José León Suárez.

Después de terminar las obras, el dueño no quiso que limpiemos.

-No, ya está, yo me arreglo.

Vimos que llamó a dos empleados de la fábrica de pastas, uno con un pañuelo al cuello y otro con labio leporino. Tardaron tres días en limpiar.

14.

Por las noches, cuando le contaba el día a Quispe, comíamos a veces en el comedero de Estefanía. Con el tiempo, me había enterado de que no se llamaba Estefanía ni era boliviana. Se llamaba Marcela, había nacido en Mar del Plata y trabajado en el penal de Sierra Chica. Era muy estricta, y en la cocina vigilaba que en la elaboración de la cena no se usara nada más que lo que hubiera sobrado, en los platos, al mediodía. Era una maestra en el arte de confeccionar budines de lo que fuera, albondigones de sobras, caldos de huesos y humitas de desperdicios.

En realidad, yo prefería a la noche ir a comer un caldo de gallina a la calle Bonorino, o un combinado picante y sabrosón de arroz chaufa y fideos saltados. Así, empecé a frecuentar más el puesto que las chicas –las llamaban así– levantaban al caer el sol. Eran dos hermanas y su prima. La comida peruana tiene sabor, no es aburrida como la argentina, me di cuenta con las milanesas, los churrascos y las pizzas de Estefi. Sabía que para el Quispe mis fidelidades nocturnas eran una traición, pero yo creo que nunca se habría enterado si no fuera por la aventura de esa noche.

15.

Estaba yo sentado, dándole a la cuchara, rodeado de peruanos (pero también, tengo que decirlo, de paisanos y paisanas). Ocurrió que, por un agujero del techo de lona de plástico, se desprendió un murciélago y cayó sobre una mesa. Era un murciélago enfermo, y parecía más ciego que nunca. Griterío de madres aterradas. Con el golpe, o con los gritos, el murciélago se asustó, y andaba rebotando contra el techo, contra el piso, contra las sillas, y, en una ocasión, contra la cara de un peruano con dientes de oro.

Como no me gustaba tomar el caldo de gallina con un murciélago revoloteando a mi alrededor, me levanté, agarré la escoba con que la chicas, que son muy limpias, preparan el piso, y de un escobazo lo dejé seco. Después de cerciorarme de que estaba muerto, levanté la mirada y me encontré con una docena de peruanas y paisanas que se habían levantado de las sillas de plástico y acercado para ver la muerte en directo. Se arreglaban los vestidos, y miraban el cadáver con fascinación horrorizada.

—¡Qué bueno que lo mató! —me dijo una gorda—. Ya lo sacó de su sufrimiento.

No sólo habían visto un murciélago de cerca, sino que lo habían visto morir. Y encima después se dieron el gusto de compadecerse. Lo malo fue que la historia les encantó, y anduvieron contando quién era el matador.

Cuando el Quispe se enteró que yo iba a comer a lo de las chicas, y se enteró pronto, supe que para él era una decepción. Porque Quispe despreciaba por principios la comida peruana.

-Si existe talento en la cocina peruana se lo deben a los chinos, no a ellos mismos. Memoriza eso, muchacho, y aprende de la historia. Y no me compares nunca un fricasé con un pescado crudo y aguachento.

16.

El sábado, fuimos con el Quispe y unos amigos de él a tomar cerveza a Charrúa, y nos sentamos en el patio del bar Bohemia. En una esquina de José León Suárez, nos dieron un volante de señora paceña, cuarenta años de visiones, conoce el futuro. El Quispe no creía, pero respetaba —honda, profundamente— las creencias prehispanas.

A mí en Potosí me habían visto el futuro varias veces antes de partir para Argentina. Desde entonces, a las predicciones, las prefiero misteriosas, con el aviso de algún suceso que no sabe uno si es catastrófico o afortunado y con una recomendación, en clave, de la manera en que uno debe actuar para salir adelante.

La adivinación de mi personalidad, en cambio, me gusta muy clara: que se mencione que soy trabajador, y que si algún defecto me encuentran sea mi carácter impetuoso y apasionado. Sobre todo, no quería que adivinaran que ahora me gusta la cerveza.

La señora paceña resultó muy razonable. Me dijo que era cabrón, pero agregó "como todos los potosinos", con lo que ya no era un insulto. Y concluyó, inspirada, lanzando humo de un charuto por la boca y la nariz: "Sus esperanzas no deben ir más allá de sus propias posibilidades". ¿Quién quiere pagar para oír esta clase de consejos? Pero los cuarenta años de visiones le daban la razón, sí.

17.

-Cómo lee esta gente.

-No saben leer -dijo Pedro.

-No saben leer nada -Quispe siempre iba más lejos.

Era en el tren que nos llevaría a Laferrere, que se había parado en la estación Sáenz. Ahí nosotros montamos entre otra gente que subía con animales y unas aves que gorjeaban mucho. Adentro del vagón fue donde vi a todas esas personas que daban vuelta las páginas de un diario.

-No están leyendo -me corrigió de nuevo Pedro-. Sólo miran las fotos y dan vuelta la página.

El que no podía leer era yo. A la distancia, imposible determinar si los fotografiados estaban a punto de contraer matrimonio. O de salir de viaje rumbo a Potosí. O fueron asesinados a mordiscos en su departamento por un Rottweiler muy fiero -y cuando llegaban a esa foto algunos miraban con desaprobación a los cachorros que la gente llevaba en cajas de cartón-. O si obtuvieron el título de Arreglador Electromecánico en el Instituto Terciario Universitario de La Matanza, o si desaparecieron hace quince días en circunstancias confusas y la familia agradecerá cualquier informe que se dé sobre su paradero.

Pero cuando nos sentamos, todos empezamos a mirar una fotonovela paraguaya, sin poder leer mucho. Pedro veía mejor que

nosotros, porque estaba al lado del albañil que tenía el diario abierto. A Augusto –así se llamaba– no le molestaba, al contrario, estaba encantado.

En el primer recuadro, un hombre, el protagonista, vestido de fiesta, mira con asombro a una mujer muy bella con la que evidentemente acaba de contraer matrimonio. Ambos están detrás de un parapeto de flores muy grandes –son flores paraguayas, dice Augusto, que las señala una a una con el dedo, y va diciendo los nombres en guaraní mientras Pedro asiente con la cabeza, dando a entender que el amigo acierta con los nombres–. “Y éste es un guardalobo, una fruta muy rara, muy dulce y muy jugosa, que abierta y puesta al sol tiene la virtud de atraer las moscas”.

En la fotonovela hay un banquete, pero solamente sirven agua.

–El protagonista tiene amnesia –explica Quispe.

–Es un flashback –dice Pedro–.

Quispe hace que sí con la cabeza.

–¿Entiendes, muchacho?

Le digo que no.

–Pues estudia inglés, hijo, qué esperas.

Por lo que vemos, durante años el protagonista ha tenido una amnesia que le oscureció el cerebro. Hay fotos que lo muestran agarrándose la cabeza, otras, bebiendo del pico de la botella algo que nunca es agua. En la boda, no reconoce a la mujer con la que se ha casado, y, en cambio, reconoce a las demás.

Es que en el banquete, unas fumando, otras más aburridas, todas esperando que sirvan la comida, están las mujeres de su vida. Una morena le sonríe. Parece melancólica. Las demás esquivan su mirada. ¿O estarán burlándose de él? La melancólica ahora lo increpa. El hombre mira todo con la expresión de alguien que acaba de descubrir que está entre antropófagos.

Diez años antes, hay un baile, porque el protagonista terminó el secundario. Las mismas flores. "Ya, ya", lo apura Pedro a Augusto, que había empezado de nuevo con el dedo y el guaraní.

Hay fotos de pirámides hechas con chipacitos. Voy a aprovechar para decir que tengo hambre, pero mejor me callo. El protagonista, con patillas, se arrima a las mujeres, que son las mismas pero están más tiernitas y con los brazos desnudos, y las hace reír con sus dichos ingeniosos.

Augusto da vuelta la hoja. Es la casa del futuro. Del futuro del protagonista. Está en las afueras de una ciudad. Augusto dice el nombre de un lugar de countries, que queda cerca de Asunción. Después, sorpresa. Los personajes que parecían decentes el día de la boda se hicieron modernos. Me hacen acordar a Ariel y a su hermano. Usan sandalias, se dejaron crecer los bigotes y tienen las patillas muy largas. Fuman cigarrillos finos, que hacen ellos mismos. Augusto se ríe. Acá aparece el villano, con anteojos Rossignol, de ski, como de vidrios espejados. ¿Pero la novia dónde

está? ¿Se tiñó el pelo de negro? ¿O es la que se ríe a carcajadas del brazo de otro personaje?

Después, la fotonovela avanza, todos entraron en razón. La protagonista paraguaya tiene un abrigo de pieles. Él se ha rasurado. Está en medio de gente vestida con ternos, en una conversación muy animada, pero tiene la mirada perdida.

-Está ensimismado -explica Pedro.

-Le va a agarrar otra amnesia. Es un flashback -dice el Quispe, que nos mira a todos menos a Pedro.

Augusto da vuelta la página, pero ahí se acababa la fotonovela. En la página siguiente había una foto de la selva, unos personajes con taparrabo y huesos atravesados en la nariz, y abajo la explicación "Familia tupinamba".

Justo llegábamos a Laferrere, y todos, incluido Augusto, nos bajamos ahí. Como era domingo, lo invitamos a unas cervezas.

18.

Augusto empezó a comentar la fotonovela. Le parecía que estaba bien, y, quién sabe, un día caía en manos de un amnésico y lo ayudaba.

Pedro y el Quispe se miraron de reojo. Después Pedro empezó a contar el día que lo llamaron de la radio del Vocero Boliviano.

-¿Usted aceptaría el Premio Nobel? -le preguntó una chica muy linda.

Como se ve, la cosa era puramente hipotética.

-Siempre nos discriminan -saltó el Quispe-. No hay cardenal boliviano. Tampoco Premio Nobel.

-Tampoco paraguayo.

Yo no sabía cómo Pedro podía saber que la chica que lo llamó era linda.

Al día siguiente, trabajaba más tarde y pude dormir un poco más. Estaba cansado, y las cervezas boliguayas, como decía Augusto, que el domingo nos había servido en LaFerrere una mujer española y vieja, con el pelo ralo y color zanahoria y anteojos de fondo de vaso, me habían dejado en un estado de mente sobresaltado pero más ligero. Que se acabó cuando escuché los altoparlantes de la escuela. Como todos los lunes, la directora pronunciaba un discurso sobre la patria, que se debía escuchar a dos kilómetros a

la redonda. Después, la profesora que tiene voz de hombre y el profesor que tiene voz de mujer empezaron a llamar a alumnos a la dirección.

-Hay que crear un comando boliviano: Los Hermanos del Silencio. Ahora, en mi edad madura, desencantada pero llena de esperanzas, lo que más quiero es dejar sobre los cadáveres de la directora y los profesores unas tarjetas amarillas, verdes y rojas que digan: Ajusticiado por los Hermanos del Silencio -empezó a rezongar el Quispe, también despierto.

19.

-Pedro vivía en la ciudad universitaria; con esa ventaja, aprendió mucho directamente de los mejores profesores bolivianos.

-Una vez quería aprender medicina. Me fijé los horarios de las clases que más me interesaban, sobre lo que yo sabía menos. El primer día, el profesor de Ginecología empezó su curso. Así:

"Señores -era un gran señor, pero no arrogante como los cruceños-, SEÑORES. La mujer es un animal que micciona una vez al día, defeca una vez por semana, sangra una vez por mes, pare una vez por año y copula cada vez que puede".

-¡Pero era un machista, el profesor! -gritó el Mono.

Nadie le dijo nada al argentino.

-Una frase impresionante -dijo el Quispe-. Posiblemente la tenía preparada, y la repetía todos los años.

-Una frase muy equilibrada, muy bien balanceada, con sorpresa al final -asintió Pedro.

-¿Cómo seguía el curso? -le pregunté.

-¿Qué, ahora quieres ver animales?

-Déjalo Quispe preguntar al muchacho. Después mostraban fotos de bolivianas y fotos de partos; después veíamos embarazadas con problemas, pero ya me quité del curso. Con esta otra enseñanza del profesor: Si las mujeres exhiben menos emoción ante la sangre no es porque soporten mejor el dolor, sino que sufren menos.

-Pero los bolivianos son machistas -era el Mono de vuelta.

-Ya, ya -le dijo Pedro.

-Unos reverendos machistas.

-Es la ciencia. Nada enseña más sobre el carácter femenino que unos rudimentos de medicina. Los hombres se imaginan que son princesas de piel delicada, y después se asustan de que ellas no tienen nervios.

20.

En la tele, pasaban un documental sobre las reinas de belleza argentinas: la del pejerrey, la del tomate, la de la pera, la de Mar del Plata, la del Hombre Petrolero. Con los viajes se conocen, recorren este país juntas. Se llaman entre ellas "Damasco", "Vendimia", "Petróleo", sin amistad, con el afecto frágil y frío de las mujeres hermosas.

En una parada del viaje de promoción las reinas van a almorzar. El chofer cocina. Ellas llevan manteles, platos, cubiertos.

-Dale, Petróleo, vení, ayudá a poner la mesa -grita Cerveza.

-Qué destino, vivir todo el día entre bellezas -dice el Quispe.

Las reinas van subiendo todas a un mismo ómnibus que las lleva desde Trelew hasta La Pampa. En Trelew les dan unas tortas envueltas en celofán, con moños apurados y mal hechos.

-Son galesas -explica Pedro.

Las reinas agradecen las galesas, dicen que ellas no las pueden comer, se tocan la cintura desnuda arriba de las tangas, dicen que son para la familia.

-Qué fotonovela todas las reinas en micro -dice Augusto-. O qué accidente para Crónica. O mejor para un diario paraguayo,

reinas argentinas decapitadas, con titulares en guaraní, las capas, las bandas, las coronas manchadas con sangre.

Las reinas visitan pueblos del interior argentino, parecen pueblos sin vida, no como los bolivianos. Están aburridas. Sin hablarse, pasan tiempo en habitaciones cerradas. Se espían entre ellas, miran sin que las vean. Después salen de ahí, hay guirnaldas, equipos de sonido y una fiesta. Bailan con intendentes, uno está borracho y aprieta a la reina, la mujer del intendente va a la pista y lo arranca del brazo, la reina se hace la que no entiende nada.

En otro evento, una reina muy rubia, parecida a las ucranianas que venden café en carritos en la avenida Rivadavia, lee un texto largo y llora, sin consuelo. La reina llora, no hay sonido, ponen música, pero la cámara la abandona y va rápida hasta un locutor que grita.

Yo no entendía lo que pasaba.

-¿Por qué llora?

-Vienen por su corona, muchacho -explica Pedro-. Ahora será plebeyita, como tú y el Augusto.

-Como tú también, qué crees -es el Quispe.

-Yo soy príncipe aymara, y lo sabes.

Se hizo silencio. En lo que Pedro tenía razón era en lo de las lágrimas. Después vimos cómo venía el que yo creía intendente borracho y le quitaba la corona de la frente a la ucraniana, le

daba un beso en la frente –la cámara mostraba cómo quedaba una marca de baba.

Después, con la corona en la mano, sabía adónde ir. Iba y se la ponía a otra en tanga, morocha, que no paraba de mover las caderas y los pechos grandes y puntiagudos, y parecía brasileña. Era la Reina de reinas, modelo 2006.

Otra rubia se acercaba a la destronada, la abrazaba y la consolaba con palabras al oído, pero miraba a la brasileña, y después a la cámara. Y sonreía.

21.

Un correntino sordo, que tenía la pierna derecha siempre enyesada, le había informado al Quispe que juntando suficientes firmas y mandándolas a la Secretaría de Educación, castigarían a la directora y sacarían los altoparlantes. Los domingos, cuando había feria, Quispe se sentaba con un banco en un pasillo entre dos puestos, y sacaba una lista prolija, donde arriba había escrito un pedido al SEÑOR JEFE DE GOBIERNO.

Algunos se detenían para escuchar un rato a Quispe, que se paraba y empezaba a señalar la escuela.

-Allá, ¡allá!

Nadie la veía. Al fin de la calle y de la feria, había demasiados hombres y mujeres comprando y vendiendo. Pero en la feria había, además, otras exigencias al JEFE. Al lado de la escuela, estaban edificando unas casas altas, con departamentos muy chicos. Uno y dos ambientes, decía el cartel, que tenía un dibujo de las casas como si estuvieran entre árboles y jardines, con fuentes. Para hacer los departamentos, antes tiraban abajo las casas que se había hecho la gente. Todos los domingos venía un arquitecto, ponía un puesto, y explicaba. Quispe lo odiaba, antes que nada porque hablaba con un altoparlante.

-Ustedes, que son gente muy creativa, son de lo más convencionales a la hora de construir. Van construyendo los

cuartos como pueden, siguiendo el contorno del terreno. Podemos suponer que primero hacen un cuarto que sirve de todo y a medida que pasa el tiempo y tienen con qué, con qué, ¿me explico? —acá hacía un gesto frotando el índice y el pulgar— van construyendo los cuartos definitivos, uno tras otro como puñalada de loco, hasta que al final de cinco años tienen una construcción en chorizo o en L, con un patio al centro, o en algún lado. Si todavía tienen resto, empiezan a hacer un segundo piso, y al cabo de diez años, les pregunto, ¿qué tienen? ¿QUÉ TIENEN?

La gente que estaba oyendo entendió por fin que la pregunta iba en serio. Silencio. Nadie contestaba

—Yo se los voy a decir. Tienen una casa EN LA QUE NUNCA ENTRA EL SOL por ningún lado.

Silencio. No se entendía mucho.

—Por eso, acá está la solución que diseñé. Que diseñamos entre todos. Tienen que llenar una solicitud para adquirir una vivienda, que incluye un cuestionario que les hacen acá las chicas.

Unas chicas rubias, flacas y lindas salieron de un par de combis. Llevaban polleras y viseras azules, y rollos de papel de donde arrancaban los cuestionarios.

Los argentinos se entusiasmaban. Yo oía lo que decían unos viejos que estaban cerca: “Un rincón para nuestra vejez”, “Algo que les quede a los chicos”.

Quispe se acercó, y se dejó preguntar: dónde nació, cuántos hijos tiene, dónde trabaja, cuánto gana, etcétera. Y pedir: partidas de nacimiento, tres fotos carnet, una carta de la empresa, otra de la comisaría.

Cuando terminó, las chicas lo felicitaron con un beso; no se imaginaban lo que venía.

-Ya está en la lista de espera: cada diez solicitudes, hay uno que obtiene una casa -le dijo el arquitecto en persona-. Suerte.

-Ni que me la dé el presidente de tu república -estalló el Quispe.

Del mismo par de combis salieron unos muchachos vestidos de un azul más oscuro, que llevaban bordado en letras doradas SEGURIDAD en los uniformes, debajo de la imagen de un perro que mordía un pedazo de tela desgarrada.

La gente lo defendió a Quispe, algunos muchachos quedaron embarrados, los rollos quedaron por el piso con preguntas sin contestar.

22.

A la noche, todos felicitaban a Quispe en el bar de las paredes amarillas.

– Ya pues. Que tienes que ser pobre para que te dé las casas de mierda el cojudo arquitecto. Pero no tan pobre como para no poder pagar la hipoteca con la que te ensartan por diez años. Nuestras casas se ven feas –porque se ven FEAS–, y tienen el defecto de que tenemos que construirlas nosotros.

–Es que quieren hacer de nosotros burgueses –dijo un personaje que conocíamos, que vivía en Lugano, había estado en Devoto, y los compañeros le habían dicho burgués cuando se compró una soldadora: era el Mono–. Muchos hijos, muchos brazos, mucho dinero, mucha ayuda, muchas casas donde ir a morirse. ¡Qué se mueran ellos, los hijos de puta!

Hubo un silencio. Nadie quería contradecir al argentino.

La televisión mostraba al presidente venezolano, y el argentino hizo chit, chit, y señaló el aparato para que miráramos.

–No es que estemos enojados –decía el presidente, morocho, de boina muy roja, vestido de militar–. Pero el dinero que tenemos en el banco en Suiza está devaluándose, y el oro que guardamos en el cajón bajó de precio de la noche a la mañana. ¿Qué podemos hacer los latinoamericanos? En vez de guardar el dinero o el oro,

guardar el petróleo. Así sube de precio. Bolivia tiene que hacer lo mismo: guardarse los gases.

Quispe llevó así la conversación para Bolivia. No le costó nada.

-¿Qué estará haciendo ahora el futuro presidente de Bolivia?

-Ahora te lo respondo.

-Si es que Bolivia tiene futuro y en el año 2020 no es un desierto de polietileno y también en el supuesto de que el mundo sea todavía habitable.

-Ya, ya -Quispe sabía que hoy todos lo iban a escuchar a él.

Pedro iba a objetar algo, pero tragó el aire, cerró la boca y se calló.

-Vamos a hacer el siguiente razonamiento. El presidente de Bolivia en 2020 tiene ahora entre quince y veinticinco años. Hemos establecido los límites de edad, ¿no?

Miró alrededor. Al final, algunos asintieron, alguien le sirvió más cerveza.

-Ahora vamos a fijar los límites de su condición. En el caso superior y extremo, y a mi modo de ver, el más desfavorable -y acá miró a todos, pero nadie dijo nada ni hizo ningún movimiento-, el futuro mandatario tiene camisa rosa, saco de pana rosa, el pelo más bien largo, y anda por las calles del sur de La Paz o peor de Santa Cruz con un BMW espantando reumáticos.

-¿Y el caso inferior y extremo? -obviamente, era Pedro.

-Pues en el cerro cuidando cabras, qué crees.

Algunos se rieron.

-Pero eso lo digo para alentar a las madres de familia de pocos recursos. En realidad pienso que sus hijos no tienen la menor esperanza. Esos son los extremos. En el medio, maneja rápido un auto que compró usado, lleva el pelo corto, anteojos color verde claro, tiene novia, estudia administración de empresas, y no fuma marihuana. ¿Qué les parece?

-Y en estos momentos está tomando cerveza -dijo Pedro, y me empezó a palmear en la espalda. Me puse colorado, y vinieron otros y me palmearon.

-Ya vas a estudiar y a tener auto. Y a ver la novia, ¿eh?

23.

Al día siguiente, Quispe rezongó, pero vino conmigo a la noche a comer a lo de las chicas.

-Pero no ves, muchacho, que esto es un fast food. No hay decantación, qué digo, no hay preparación de los alimentos. Todo rápido, al fuego bien caliente, en esas ollas chinas, porque bien sabes que son chinas y no peruanas, y ya.

No éramos los únicos paisanos ahí, y Quispe los miraba desafiantes, con cara de "¿qué ocurre, acaso tengo un mono en la cabeza?".

Esa vez había un gordo que hacía de mozo y que también era paisano. Nos intrigaba.

-Felices Fiestas -dijo cuando arrancaba un papel del rollo para que fuera servilleta.

-Felices Fiestas -de vuelta para Quispe, que lo miraba con odio.

-Que haya armonía y paz, armonía y paz -le dijo el gordo devolviéndole la mirada y mirándolo a los ojos, y lamiéndose el bigote.

-Estos evangelistas dan lástima, muchacho -me dijo Quispe, y oyeron todos.

Algunos de los que venían a comer o pasaban por la Bonorino me decían "Aló presidente", otros se llevaban a la boca un

inexistente porro de marihuana. Yo quería que se olvidaran cuanto antes de la profecía de Pedro.

Al rato pasó un auto de la policía, que después dio la mediavuelta.

-¿Pero qué vigilan éstos? -preguntó el Quispe encrespado a un paisano con una campera oscura que decía PACEÑA en letras rojas. Se llamaba Reynaldo.

-No vigilan nada, están para figurar. En Cochabamba teníamos unos policías robots. Para eso pongan robots acá los argentinos.

-¿Pero qué robótica cochabambina es esa que no sé nada?

-Eran unos robots que habían regalado al municipio los peruanos de Inka Cola.

-Ah ya, pero ésos eran unos monigotes de plástico.

-Sí, unos robots.

-¿Y cómo eran? -pregunté yo.

-Déjame explicarle al muchacho -el Quispe apoyó la mano con fuerza arriba del brazo de Reynaldo, que gritó ay-. Lo primero, no eran robots. Eran monigotes de plástico de dos caras que representaban un policía, uno de cada lado, con el uniforme que usan los de tránsito locales allá en Cochabamba, que sonreían levantando la mano gritando ALTO, con un letrero que decía PROHIBIDO ESTACIONAR y otro más que decía BÉBETE UNA INKA COLA BIEN HELADITA. Estos personajes tenían 1,40 de alto, cosa roñosa, porque con diez centímetros más habrían dado la estatura promedio

de los agentes cochabambinos —y acá el Quispe lo miró de arriba abajo a Reynaldo, que es muy bajito.

—No todos somos tan bajos, compadre.

—Ya pues. Ahora bien, no había nada más desagradable en Cochabamba que ir por la calle y encontrarse cada cien metros con un enano sonriente marcando ALTO.

24.

-¿Cuánto me das por tu documento?

La pregunta me había sorprendido. Al voltear me encontré con un paisano gordo, de anteojos sucios y aliento fétido, y que arremangaba las aletas de la nariz.

Me habían robado la cédula dos días antes en la feria. Junto al gordo estaba una mujer, también de anteojos negros y pelo amarillo con raíces negras.

-¿Lo tienen ustedes?

-Sí, pero habla más bajo.

-¿Cómo...?

-Logré quitárselo a un chibolo. Se lo quería vender a una peruana.

-¿Pero cómo me ubicaron?

-Te reconocimos por la foto, qué crees.

Les pedí que me lo dieran.

-Aquí no lo tenemos, ven a nuestra casa, pero hoy no, estamos ocupados. Mañana a las cuatro -me contestó la mujer.

25.

Preferí no contarle a nadie, pese a que estaba inquieto. Encontré la casa, golpeé la puerta y detrás de la puerta aparecieron dos niños. Detrás de ellos estaba la señora de anteojos negros.

-Pasa, pasa. Qué bueno que has venido.

Yo estaba nervioso.

-¿Por qué equipo hinchas? -me preguntó ella-. Porque debemos aclararte una cosa: aquí la familia es de Strongest.

El hombre salió detrás de un lienzo que hacía de puerta. Fumaba un cigarrillo y comía un anticucho frío.

-Tú sabes, el torneo tiene un líder indiscutido -dijo con su boca llena que también despedía humo. Los cochabambinos y los cruceños navegan en la mitad de la tabla. The Strongest está peor. No nos importa. Tenemos valores.

Yo quería recuperar mi documento.

-¿Recuerdas a Sotil, el jugador peruano? Era mejor que todos nuestros jugadores juntos. ¿Quién es tu jugador predilecto?

-No sé señor, sólo vine por mi documento.

Hubo un silencio.

-¿Y cuánto dinero nos das?

La pregunta me sorprendió.

-No traje nada de dinero.

Busqué en mis bolsillos y encontré tres pesos. Se los ofrecí.

El hombre se dio vuelta, los niños habían desaparecido y la mujer habló, yéndose por un pasillo angosto:

-Volvé cuando tengas más.

El hombre, de espaldas, comenzó a decirme que me estaban haciendo un gran favor en devolverme los documentos. Que ellos pasaron por la misma experiencia pero que no tuvieron la suerte que yo tenía, porque nadie les ofreció devolvérselos.

26.

Regresé sin cédula y sin entender a estos paisanos. Volví al día siguiente, con diez pesos en el bolsillo. La puerta estaba cerrada, con una gruesa cadena y dos candados.

-Es inútil que golpees, cariño. Se han ido de vuelta a Santa Cruz -me dijo una chola delgada, que estaba sentada a dos metros de la puerta.

-¿Estás solo?

-Sí señora.

-¿Duermes solo?

-Sí.

-¿Cama de dos plazas?

-Una sola.

-¿Cómo estás vestido?

Me miré el brazo derecho.

-Con una camisa azul.

-Dime choche, ¿cuál es la parte más sensible de tu cuerpo?

No respondí porque no sabía cómo.

-Está bien, no seas chanchis, hijo. Vete. No eres el primero a quien estos paceños robaron. Es mejor que se hayan ido, aunque ya no recuperes tu cédula.

La chola, sin embargo, no quería que me fuera, porque siguió hablando. Me dijo que el hombre se llamaba Víctor y la mujer doña Wila. Eran delincuentes, y habían huido porque los habían denunciado en la policía.

-Ojalá se mueran -pensé, y sin querer hablé en voz alta. Corrí hacia el bar amarillo. Con miedo, con furia.

27.

Si nos ponemos a hacer memoria, todos encontramos en nuestro pasado una tía diciendo:

-El mar y el fuego, producen fascinación.

Esta frase romántica quiere decir que una persona puede quedarse horas contemplando las olas del mar o el fuego de la chimenea.

Yo creo que la había escuchado en Potosí, donde no tenía tía ni nadie había mirado el mar, pero seguro se la oí a Pedro, antes o más bien después de que dijo:

-Nos vamos a Pinamar.

Ya había llegado el verano, los porteños se quejaban del calor y siempre había departamentos que arreglar allá. La chimenea de la señora Alicia podía esperar al invierno, pero en Pinamar ella tenía el baño y la cocina "a la miseria". Y Pedro sabía de un lugar donde podíamos parar en Ostende.

Fue entonces cuando Pedro nos miró al Quispe y a mí, y dijo la frase fatal:

-El mar y el fuego, producen fascinación.

Fatal, porque nadie dice impunemente una frase así con el Quispe. Le dieron tema para una reflexión.

-Fascinación es una cojudez. Es una manifestación de la memoria colectiva. Al mirar el mar recordamos que de él salimos.

Porque tú, y Pedro —nos señala con el dedo— eran pescados que aprendieron a respirar fuera del agua y echaron patas, y al mirar el fuego recuerdan el día que lo vieron por primera vez, en forma de un árbol que se incendia después de haber recibido un rayo.

—¿Cuándo fue eso, Quispe?

—Pero, muchacho, allá, antes de la edad de piedra. El caso es que a la vuelta de varios millones de años todavía tenemos la tendencia de quedarnos mirando estúpidamente el mar y el fuego —y acá el Quispe miró fijo a Pedro—, y nos estamos quedando sin bosques, porque a la señora Alicia le gusta verlos arder en su chimenea.

28.

Lo primero que hacemos al llegar a la playa es quitarnos la ropa a la que estamos acostumbrados. Y nos ponemos otra, que en Bolivia no se usa.

-Mis shorts -dice Pedro, y señala contento con los dedos índice de las dos manos la tela rojo oscuro con dibujos de anclas negras y sirenas azules.

-Esta ropa pone de manifiesto partes de nuestras personas que no estamos acostumbrados a exponer en el altiplano -comenta Pedro, mientras mira la ropa de las muchachas.

Porque una vez que llegamos cerca de la orilla, miramos con fascinación el mar, pero también a la otra gente que vino a la playa.

Vemos llegar a una mujer que el Quispe llamó "almirante". Camina con paso firme, seguida por una hermana pobre y por la mucama argentina, todas en traje de baño. Al llegar a la orilla del mar, la mujer almirante se detiene. Todos se detienen. La mujer almirante mira al frente. Todos miran al frente. Se quita una bata de tela de toalla. La mucama la toma y empieza a guardarla en una bolsa de plástico que había llevado. La mujer almirante se quita las ojotas. La mucama las recoge. La mujer almirante empieza a caminar hacia la izquierda. La hermana pobre

la acompaña. La mujer almirante da media vuelta, y empieza a caminar en sentido contrario. La hermana pobre y la mucama la siguen. Cuando entra al mar, entre las dos la sostienen.

Un hombre joven trae su propia sombrilla, dos toallas enormes y mullidas, una lona, un aparato de música como de rapero de película, una heladera con bebidas, una caja con sándwiches y su propia esposa. Clava la sombrilla en la arena, extiende la lona, se recuesta, elige un cd entre muchos protegidos en fundas de plástico transparente, empieza a escuchar a Babasónicos.

-Ese hombre sabe vivir -nos dice el Quispe.

En ese momento, el viento y la arena apagan el aparato, y hacen volar la sombrilla. El hombre la corre, y pasa media hora tratando de clavarla de nuevo.

También hay un matrimonio que vino a asolearse. Se untan con protector, y se acuestan sobre unas lonas, a pleno sol. Hablan sin gestos, para que no les queden rayas blancas en la cara. Ella se acuesta boca abajo, y se desata los breteles de la bikini, para que no queden marcas. Mientras ellos se tuestan, cambiando de postura metódicamente, el abuelo, padre de uno de los cónyuges, corre como puede detrás de los nietos, de dos, tres y cinco años, que se metieron al mar.

29.

-Einstein dijo que el tiempo es relativo.

Quispe le cubrió la boca con las dos manos. Quería agregar algo.

-No le hagas caso. A la mujer, de niña, se le conceden todos los caprichos, por eso desde los once añitos no tiene escrúpulos. Ergo, la mujer es relativa.

Salí a tomar aire para pensar en las palabras del Quispe. Caminé por Víctor Hugo hacia el lado de Pinamar. Hacía dos meses que estábamos en Ostende y yo extrañaba la calle Bonorino.

Un edificio blanco que tenía en una de sus torres un dibujo de un hombrecito de alambres, me indicó que llegaba a Pinamar. La calle Víctor Hugo desapareció y caminaba ahora por Libertador. Llegué a una rotonda. Hacia el mar se veían palmeras y bares y gente más seria y enojada que la que veía en Buenos Aires.

Entré a un local de internet donde la señora que me atendió escuchaba cantar por la radio a un señor que se llamaba "Banana" Pueyrredón. Yo me senté frente a una máquina, junto a un hombre de unos 30 años, que tenía en su falda a una niña de 8 o 9, y por detrás a su mujer.

-Escribible que la fiestita de cumple la hacés el lunes, cuando volvamos -le dictaba la madre a la niña. "Mi-fies-ta-de-cum..."

-Y que Pinamar es hermosa. Y mandale felices pascuas, que ya llegan las pascuas.

"Les-man-da-mos... fe-li-ces... pas-cuas", escribía despacio la niña.

-Decile que ya di la última materia y que me recibí -dijo la madre. "Mi ma-má...".

Miré con cuidado, casi de reojo: el padre se veía incómodo primero y aburrido después. Cuando la niña terminó, el padre empezó a mirar ofertas de trabajo en la pantalla, leyéndolas en voz alta y descartándolas enérgicamente. La niña y su esposa miraban en silencio.

Volví caminando a Ostende, pero esta vez por la playa, mojándome las piernas en el mar, observando la arena, quizás podía encontrar caracoles vivos. Pedro me había dicho que eran una delicia.

30.

Muy cerca de nosotros, en unas mesitas, merendaban algunas personas de los dos sexos, contentas y semidesnudas. El paseo y el aire salino habían despertado aquella cavernosa sensación que yo tenía siempre adormecida: el hambre. Contemplé las mesas y las apetitosas meriendas con ojos ávidos. Sobre todo, me gustaron unos sandwiches que vi, de pan argentino, llenos de jamón crudo con queso. Quispe siguió mi mirada y dijo con tono despectivo, como si el contestarle afirmativamente fuera una barbaridad:

-No querrás tomar nada, ¿verdad?

Pensé que había encontrado la buena respuesta.

-Una cerveza nada más, Quispe, que acá no serán más caras las Quilmes.

Quispe no dijo una palabra. Pero me agarró del brazo, arrastrándome fuera del lugar peligroso, con el pretexto de mostrarme otra vista espléndida. Pedro estaba de acuerdo. En ese momento los dos me parecieron aborrecibles.

Un poco después, de espaldas al mar, me hacían contemplar toda la ciudad.

Quispe estaba mirándola.

-¡Pinamar! Tan soberbia, y sin embargo, ¡qué dura que llega a ser la vida aquí! -fue Pedro el que habló.

Lo decía como una confesión, y me conmovió, porque pensé que se refería a la grosería de un momento antes, con la cerveza. Una de las pocas cosas que en aquel tiempo yo estaba capacitado para entender era la miseria bajo cualquier forma que se presentase. Igual, quería tomar cerveza.

31.

-Ya verás cómo cambian las cosas, muchacho.

El viaje desde Castañares y Cobo, en el Bajo Flores, hasta Retiro, el primer barrio de Buenos Aires que habíamos pisado juntos, fue, una vez más, largo e incierto. Quispe ordenó tomar un colectivo hasta la estación de Flores y de allí el tren hasta el barrio de Once, donde la masiva presencia de peruanos lo puso de mal humor. Allí subimos a otro colectivo que nos dejó en Constitución. La terminal estaba desierta, olía a aceite de carros y había charcos de orín. Supimos que debíamos haber hecho el recorrido inverso:

-Pero no, ¿ustedes de dónde son? ¡Es del otro lado! -dijo el chofer luchando contra el volante para salir del colectivo.

Llegando a Retiro, el mismo chofer nos hizo un gesto con la mano de que debíamos bajar, pero cuando quisimos hacerlo nos detuvo:

-Por atrás, viejo.

Me pareció escuchar que rumiaba algo acerca de los modales bolivianos en Argentina.

-Ah, fíjate qué lindo barrio -señaló Quispe-, los edificios grises célebres hasta en Oruro.

Tocamos el timbre de una vieja casa y nos atendió un joven.

32.

-Hola, qué tal, vienen por la máquina, ¿no? Adelante, adelante. Marianito Castex para los amigos. Desde luego, a sus órdenes. ¿Los señores son...?

Mariano se rió de sus propias palabras y me dio una palmada en la espalda.

-¿Toman algo? Tengo una cerveza abierta. Está muy fresca.

Del pasillo salió un hombre gordo, blanco y lampiño:

-Buenos días amigos, ¿ya les mostraron la máquina? Pasen que está aquí, bien cuidada. Asiento, asiento por favor.

La máquina, nos contó el hombre, se la había dejado un compatriota nuestro, hacía quince años, que les había pintado el departamento y les pidió un lugar para guardarla, ya que si no los peruanos se la iban a robar.

-Evidentemente era un elemento muypreciado para este hombre - dijo el hombre, escudriñando el cielo raso.

-Es raro que no haya vuelto... De todos modos aquí está, bien guardada y cuidada. Trátenla bien.

-Los acompañe unas cuadras -nos dijo el joven Mariano.

Había oscurecido y caminábamos por la calle Suipacha. Me había acostumbrado a leer los carteles. Tomamos Esmeralda y después Marcelo T. de Alvear. Creí que íbamos en sentido contrario, pero

sabía que no debía fastidiar a Quispe. Mucha gente vimos al doblar.

—No se asombren: es el día de San Patricio —anunció Mariano, que había perdido la sonrisa que hasta ahora lo caracterizaba y se veía preocupado—. O el día de los oficinistas —agregó con voz nasal—. Aguanten que me voy a echar un meo.

Se nos hacía cada vez más difícil transportar la máquina de coser. A medida que avanzábamos hacia Reconquista, había más oficinistas de ambos sexos.

33.

Mientras orinaba pegado contra una pared, Mariano, riéndose, se puso a parodiar, de nuevo con voz nasal, a los oficinistas de la calle.

-“Eeeh, ejem, yo soy Ci-i-ou”. ¿Ustedes a dónde van?

-Tenemos que tomar el colectivo 50 -contestó Quispe, mirando a los jóvenes con traje que iban serios, y a unas jóvenes que se reían.

-Ah sí, faltan unas cuabras. Ustedes saben que yo leí -Mariano se cerraba la bragueta y caminaba como un pingüino- que el cuerpo es inteligente. Vos, por ejemplo -me señaló a mí con un golpe en el brazo- si tomás alcohol y después consumís cocaína, el cerebro va generando un neurotransmisor: el cocainol. Y el hígado se pone como loco. Si vos, días, meses o años después, tomás cerveza, ponele, el hígado, que se acuerda de todo, te pide y te pide cocainol y no para hasta que no le das, y después sigue como loco, ¿quién lo para?

De un grupo de oficinistas surgió de pronto un joven alto, de pelo engominado y un aro en la ceja:

-¡Qué haces Marianito! Sabía que no te ibas a resistir.

-¡Qué hacés, man!

Quispe intentaba descifrar en una pizarra negra lo que estaba escrito con tizas de colores, rojas, verdes y azules, donde se repetía entre dibujos de tréboles la palabra Irish.

El amigo le pidió a Mariano que lo acompañara al baño del bar. Al volver, el amigo le decía con severidad, combatiendo como podía el ruido de la música:

-Haceme caso Marianito, sacá el gato del horno. ¡Sacá el gato del horno, no seas boludo!

Mariano se despidió del joven.

-La gente está muy loca -Mariano nos hizo un gesto señalándose la sien.

Al parecer todavía era temprano para la fiesta de San Patricio, pero los cuatro bares que ahí había sobre Reconquista estaban repletos.

-Déjenme invitarles una cerveza.

Yo tenía miedo de que el Quispe dijera no gracias.

En el kiosco de Reconquista y Viamonte nos atendió una señora gorda y baja, con rulos rojos. Mariano le pidió una Quilmes y tres vasos. Ahora hablaba más y seguía imitando con una voz nasal.

-Mirá por ejemplo a ese con agua mineral, nos dice: yo ya no tomo alcohol, abandoné mis excesos, estoy limpio.

Se rió de nuevo, esta vez nos escupió. Me parecía que nos tenía confianza.

-Este es un país careta hermano, y ustedes eso lo saben muy bien -de nuevo se rió, y nos escupía-. Mi papá dijo, y escuchen bien: "Agradecemos... -eh, ¿cómo era?-... agradecemos un poco de ingenio en una mujer, como agradecemos dos o tres palabras de un loro".

Silencio.

Mariano meditaba. El Quispe asintió cuando Mariano se refirió a su padre.

-Pero mi papá es un ingenuo man, cree que si a las mujeres las educan como al hombre, van a poder armar un silogismo o guardar un secreto. Eeeeh, y ustedes, ¿qué escritor tienen allá?

Quispe, con el vasito de plástico en la mano, miró hacia un costado y estiró el cuello hacia atrás:

-Hay grandes poetas y grandes escritores allá en mi patria, muchacho. Uno de ellos...

Mariano lo interrumpió.

-Pero volviendo al cocainol, ¿vos te creés que el hígado es boludo? ¡No señor, no sean ingenuos!

Quispe seguía hablando:

-Está ese muchacho llamado Bruno Morales, por ejemplo, gran escritor y excelente prosista...

-¡No señor! El hígado no es tonto... ¿eh? ¿Quién? ¿Morales? ¿Matute Morales, el jugador de Racing? Ese se la toma toda, lo conozco por un amigo de Tigre...

Había mucho ruido en la calle, entre la música de los bares, los bocinazos de los coches (manejados por oficinistas más viejos que se hacían notar así) y la gente que había empezado a tomar cerveza y gritaba cada vez más fuerte. Les dije a Quispe y a Mariano que debía partir y ofrecí llevar conmigo la máquina. Quispe no quiso que volviera solo y cargamos juntos la máquina hasta Bonorino.

34.

Cuando llegamos a Castañares sentí un gran alivio. Ahora podíamos dejar la máquina e ir por algunos platillos picantes.

-¿Dónde dejaremos la máquina, Quispe?

-En lo de Estefi, muchacho.

Antes de entrar a la casa oímos a Estefi cantar:

Aguardamos unos minutos. Ya no oíamos a Estefi.

-Ah, son ustedes, hola -nos dijo al abrir la puerta.

-Estefi, hemos traído una máquina de coser. Me preguntaba si no podíamos dejarla aquí.

-Sí, claro, Quispecito -dijo ella, de pronto alegre, radiante.

Desde ese día, Estefi desatendió un poco la comida pero empezó a hacer ropa con la máquina de coser. Vestidos con muchos colores, polleras cortas, remeras y pantalones de una tela gruesa y peluda. Quería vendérsela a los puesteros de la feria pero nadie se la compraba.

-¿Y por qué no sales tú misma a venderla en la feria?

-Porque yo no estoy para esas cosas.

De todas formas, seguía haciendo ropa, y pasaba largas horas trabajando. Sin embargo, su malhumor aumentaba día a día, y con Quispe preferíamos evitar verla.

35.

-El sujeto, sea un canalla o un hombre de bien, es siempre un asesino fallido. No hay hombre, vivo o muerto, que no haya concebido su fantasía asesina. El mejor de nosotros ya pensó en matar, y ya se imaginó matando.

Se hizo un silencio. Los demás lo miraron con los ojos muy abiertos. Solamente Pedro conservaba la sonrisa.

A mí, a veces, me parecía que el Quispe decía cojudeces. Yo, a veces, lo odiaba al Quispe. Lo quería matar. Soñaba que él me decía: "¡Muchacho!" -pero eran sus últimas palabras.

-“¡Los voy a matar! ¡Los voy a matar a todos!” -era

Pedro que se burlaba, con voz ridícula, aguda, de mujer. Ya iba a empezar a contar el informe de unos médicos norteamericanos, sobre que los hombres se sobresaltan cuando oyen una voz de mujer que grita, pero se lo habíamos oído y no lo dejaron seguir. Ahí se le fue la sonrisa.

Durante todo el domingo estuvimos escuchando eso.

Los que lo repetían eran hombres fuertes y borrachos, las chicas peruanas, las cochabambinas que vendían silpanchos, hasta un viejito que no conocíamos, vestido con una camisa fina, blanca, inmaculada: "Los voy a matar a todos".

Con Pedro habíamos estado el sábado en La Matanza, terminando una pieza de atrás. Cuando nos regresamos, era de noche. Hacía

frío, y teníamos las manos duras. Fuimos a un bar en Once. Ya me empezaba a acostumbrar a la zona del Abasto. Ahí lo vimos por Crónica TV: Tiroteo en el Bajo Flores. La cámara estaba lejos, pero en el fondo se veía la calle, iluminada, a donde íbamos a ir. Yo quería un caldo de gallina, entrepierna, caliente y picante, pero no le decía nada a Pedro para que no le contara al Quispe.

En la televisión mostraban un templo de los evangelistas, y después, como asociando las dos cosas, que les parecían religiosas, los periodistas decían que era la procesión del Señor de los Milagros, que dos bandas se habían cruzado disparos justo cuando marchaba la gente cantando con las imágenes y el cura y el incienso.

-¿Había mucha gente en la balacera? -preguntaba el cronista.

-Error. Error -interrumpía Pedro, hablándoles a todos en el bar-. Cree que balacera es una palabra boliviana. O peruana.

-Muchísima -y era una de las chicas la que contestaba.

Ahí con Pedro empezamos a aplaudir entusiasmados, cuando la reconocimos.

Nos miraron mal.

-¿Y qué andan diciendo en el barrio de lo que pasó?

-Nadita -Karina no lo miraba al periodista, metía los vasos gruesos, los platos, en una palangana con detergente, los sacaba chorreando espuma y los ponía a un costado-. Acá estoy trabajando, se imagina que no tuve tiempo de ir a hablar con los vecinos.

La cámara se alejaba rápido, como si huyera, ya parecía que estaba en Castañares, nosotros nos levantamos y fuimos para allá.

Al día siguiente, todos querían matar a los peruanos que habían disparado. La gente se paraba para decírselo a los vecinos.

-Los bolivianos son distintos de los argentinos. El argentino es un furioso nato. Lo que se ve, por la calle, son indignados de ambos sexos. Pero cuando los bolivianos se enojan, queman vivo a un alcalde -explicaba el Quispe.

No me parecía que fueran a matar a nadie.

De pronto, Joffre, que había estado sin hablar, dijo que había visto recién a uno de los que habían disparado.

36.

-¿Y tú qué crees? Café. Dice Café, deben vender café.

El mozo era argentino, presumiblemente norteco, y nos atendió de malhumor. El café que nos trajo estaba quemado y las tres masitas que lo acompañaban húmedas eran de un sabor indescifrable.

-Mira hacia arriba, muchacho.

Miré hacia arriba.

-No tan arriba, pues. Fíjate. Es la sonrisa de oro. La sonrisa de la inocencia, del triunfo.

Un Maradona veinteaño, de ceñidos pantalones cortos y remera de Boca, le sonreía a una pelota de fútbol.

-Sí, como ves y como enseñan en mi tierra natal, los dioses te llevan bien, bien arriba solo para que luego caigas con más fuerza.

El Quispe después dijo algo que no entendí y con un ademán cortante, pero menos atlético a como lo hacían los demás argentinos que estaban en el bar, pidió que le trajeran la cuenta. Debimos pedírsela al cajero y pagarle a él nuestro café para continuar el trayecto, veinte minutos después.

37.

El café había estado malo. Me había dado sed. Tenía ganas de beber cerveza. Vi un cartel que decía Schopp, aunque adentro, en el mostrador, la chopera no tenía uso. Es más, tenía colgada una gorra roja sucia, que de cerca uno se daba cuenta que era de Independiente. Sobre las mesas, se acumulaban las botellas de Quilmes. Quería una. Pero no le dije nada al Quispe. Al rato, estábamos llegando, y yo tenía más de esa sed un poco viciosa que había aprendido acá en Flores.

-¿Estaba malo el café? -era Pedro. Tenía la misma sonrisa de Maradona. Solamente eran distintos los dos dientes con borde de oro. Y era más burlón.

Pedro era raro. ¿Cómo podía saber que habíamos tomado café? ¿Y que estaba horrible? Me sobresaltó.

-Estaba bien. BIEN -resopló el Quispe, con un ademán de la mano derecha abierta, más enérgico que en el bar.

Pero ahí vi que con la otra mano trataba de taparse una mancha marrón que traía en la entrepierna.

-Era una cafetería, especializada en café. Saben hacer café.

-¿No quieres una rubia cerveza, muchacho?

La tentación de Pedro era demasiado fuerte, y yo evité la mirada fulminante del Quispe, que pasó de largo y se estrelló

contra los vasos de los que ya caía espuma. Era raro: el Quispe se parecía ahora a un Evo Morales, indignado pero mudo.

Yo me sentía Maradona veinteañero. Los dioses me llevaban hacia arriba.

38.

A Claudio, que no se había separado nunca de su madre, lo vino a buscar la policía una mañana. En la puerta, pateó el piso, se tiró a la zanja, insultó a Jesús y al arcángel San Gabriel. Lo internaron en un hospital. La madre nunca lo fue a visitar.

Después, Claudio apareció. Había engordado. Estefi dijo que estaba más bonachón. A mí me parecía como alejado de todos.

-El problema es la pasta base, hermano -me dijo mirando el cuadro de los caballos trotando.

Yo miré el cuadro, también.

A Claudio lo conocí en ese mismo bar. Tenía las piernas chuecas y el cuello corto, era argentino. Le decían El Gallo y era famoso porque a las paisanas jóvenes las abordaba siempre con las mismas palabras: "¿No tenés un cigarrillo para este porteño podrido?". Increíblemente, tenía éxito.

-¿Y es muy viciosa esa droga?

-Sí, hermano. Fumás el primero y quedás como un robot arriba de la habitación, en el techo. A los dos minutos querés otro pipazo. Y seguís de gira y no querés bajar más. Cuando se acaba, te zumba la cabeza, yo llegué a escuchar la sintonía de una radio boliviana, de repente estaban pasando un carnavalito...

-¿En tus oídos, como si tus oídos fueran antenas?

-Sí, sí, en mis oídos.

Me miró como si yo fuera tonto. Se puso contento.

-¿Pedimos una cerveza?

Rápido, me arrepentí.

-¿Sos loco? Puerta de entrada al vicio.

Pedí la cerveza de todas maneras.

Cuando trajeron la Quilmes, dijo lo mismo.

-Puerta de entrada al vicio.

Y apoyaba fuerte un dedo sobre la botella fría y sudada.

Ahora Claudio acostumbraba llevar un folleto con ilustraciones que explicaban los terribles efectos que estaba produciendo la pasta base entre los jóvenes. Se lo enseñaba a mucha gente, pero sobre todo a jóvenes paisanos nuestros, alertándolos a que no se dejaran arrastrar por el vicio. Uno de ellos oía las explicaciones sonriendo con malicia, y apartándose murmuraba de cuando en cuando en voz baja:

-¡Qué inocente!

39.

Al alemán lo había traído el Mono, el argentino de Lugano. Estaba filmando la casa del Mono, que le contaba su historia.

-Él -y lo señalaba- sabe que no soy un pequeño burgués.

El alemán era alto, flaco, y parecía siempre de perfil. Hablaba poco.

El domingo, el Mono hizo un asado para agasajarlo.

Era en Lugano; viajamos en el 150 con el alemán.

Estábamos atrasados, ya iba mucha gente en el colectivo y viajamos de pie. No fue un día memorable, pero ocurrieron varias cosas que no he podido olvidar.

Por ejemplo, mientras se asaba la carne, varios metimos la mano en el frasco de aceitunas, y una paisana, a la que la llamaban "la India" y también "Lamento Boliviano", dijo:

-Este hombre -se refería al alemán- va a pensar que no conocemos los tenedores.

Del alemán conservo el recuerdo de dos momentos. El primero fue cuando descubrió, en una lata de dulce de batata, la imagen de un "cuadro italiano". Le pareció "admirable", y la prueba de que estaba en un país cultísimo.

El otro momento fue más complicado. Abel, un paisano, hizo un chiste en la sobremesa, y después el mismo Abel lo festejó mucho.

El alemán comentó:

-Tiene usted una historia tan triste, y sin embargo ha logrado conservar la alegría.

Nunca supimos si se refería a Abel, o a todos los bolivianos. Por mi mente, y supongo que por la de todos los demás, pasaron como una exhalación imágenes de episodios molestos que podían justificar las dos posibilidades: la media hora que nos había hecho esperar la esposa de Abel antes de tomar el 150, porque "se estaba arreglando"; la pobre contribución boliviana al asado - "carne sin adobo, muchacho", me decía siempre el Quispe.

La primera en responderle al alemán fue Lamento Boliviano:

-Ay no -le dijo-, ¿por qué le parece que tenemos una historia triste?

40.

-Ahora los trámites de radicación son más fáciles -se le ocurrió decir a Augusto.

Al Quispe y a Pedro no les importaba nada; solamente estaban interesados en decir que no siempre había sido así.

-La primera vez que tuve que hacerlo, fui a un edificio moderno con muchas puertas que se abren para dejar pasar a hombres grandes con bigotes finitos y hombres jóvenes con cejas que parecen postizas, quienes se dicen unos a otros: "Esto me huele a menemismo". Después de hacer horas de cola, me mandaron a una ventanilla donde había una empleada, que hojeaba mis papeles mientras duró este diálogo:

-¿Para cuándo quiere su radicación?

-Lo más rápido posible, claro, para quedarme, que ya estoy acá.

-No va a poder ser. Se va a tener que volver. Tenemos que ponernos en contacto con nuestro representante en Bolivia, para que nos diga si en su caso es necesario o no un fiador; en caso de serlo, usted tendrá que nombrarlo y nuestro representante nos contestará si le parece aceptable. Pero todo dura mucho, hay que pagar mucho, y usted acá no se puede quedar.

Cuando terminó de hablar yo estaba furioso.

-Bueno, pues me parece ridículo -le digo.

Ella me contestó:

-Sepa que estos requisitos son poca cosa comparados a los de los argentinos que quieren radicarse en Bolivia: dos mil dólares de fianza y tienen que esperar meses, además de someterse a toda clase de humillaciones.

-Yo no tengo la culpa, yo no hago la ley.

-Pero se tiene que sujetar a las disposiciones de la ley argentina.

-¿Qué me tengo que sujetar a qué? Pero si ya no tengo ganas de quedarme en tu país -y aquí le dije la palabra que mejor le cabía.

Si la ventanilla no hubiera tenido barrotes, nos dábamos de bofetadas.

-Pues has estado mal, muy mal -dice Pedro-. Metiste la pata al decirle que tú no habías hecho la ley. Debiste haberle explicado que tu caso era muy distinto al de un señor argentino que se tituló en administración de empresas, y va a la zona sur de La Paz a administrar un supermercado y a quitarles el pan de la boca a los bolivianos.

-¿Y tú crees que ese argumento habría sido mejor? -el Quispe olía a burla.

-Habría sido igual de ineficaz, pero habría tenido la ventaja de reventarle el hígado a la señorita detrás de los barrotes.

-¿Y qué hiciste, porque acá estás?

-Hice bien. Decidí probar la radicación en otra oficina. Lo que salva a todos los países es que no todas las personas son iguales. En la que fui después me atendió un viejo muy simpático, de anteojos gruesos y ropa gastada, que al ver mi pasaporte me dijo: "Ah, Bolivia -y se pasó la punta de la lengua por los labios secos-. No se preocupe. La radicación se puede iniciar. Hay que hablar por teléfono a Bolivia, pero esta tarde tendrá el trámite iniciado. A menos que allá sea el Día la Independencia Nacional, o algo así, je je, y las oficinas estén cerradas". Y en efecto, como ni era feriado ni cambiábamos de gobierno, con un telefonazo mi radicación se empezó.

Lo de la independencia de Bolivia hizo que Augusto hablara de la guerra del Chaco, o de una película sobre esa guerra que había visto en Paraguay. Era una película argentina, creo, y ahí estuvieron de acuerdo con Pedro, que por supuesto la había visto, en que los argentinos metieron la pata.

Pedro explicó lo que era montaje: con un par de tijeras se convierte a dos escenas perfectamente aceptables en una mezcla que es una porquería. Una escena de combate era cortada con otra, para que los personajes hablaran de política. Pero los dos se acordaban de detalles de la película, que me daban ganas de verla: cómo funciona un cañón, cómo un caballo se espanta, cómo una

ametralladora se traba, cómo se deja venir al enemigo, cómo alguien se muere.

—Pero se parece a lo que pasa ahora —enseñó el Quispe—. Es una película que tiene mucho que enseñar, muchacho. El protagonista, como buen tirano, rechaza primero la presidencia, después la acepta encantado, y muere al final atormentado por su conciencia. Había tomas de procesiones religiosas, de indios y curas entonando con voces muy tristes una oración para que Bolivia no caiga en la anarquía. Y mostraban a los ricos como siempre, señoras cruceñas vestidas de largo que iban al teatro y en el entreacto corrían al bar a mordisquear muslos de pollo.

41.

En el barrio oímos unas canciones quejosas, deformadas por unos altoparlantes caseros. Salimos a ver. Era el vía crucis organizado por la parroquia. Una mujer gruesa, no tan mayor, con el pelo pintado de amarillo, cargaba, con gestos de que era pesada, una cruz de madera balsa. El cura, grueso, mayor, decía por el micrófono, con acento extranjero, europeo, "Hagan como Pedro, lloren, lloren MUCHO, arrepíentanse, arrepíentanse YA". Lo busqué a Pedro, pero no lo vi por ningún lado, entre señoras con rosarios y muchachos argentinos con guitarras que me hacían acordar a Ernesto. Qué burro yo, era San Pedro, que había renegado de Cristo y después había llorado. ¿Por qué en Argentina a los santos no les dicen San?

Era Pascua. Por televisión, mostraban preparativos para comidas de la fiesta del Domingo de Resurrección, en una estancia.

-Da para alimentar a todo el presidio -comentó Estefi, que no se llamaba Estefanía, con gula.

Alguien había vuelto a poner en la máquina el mismo tema: "Mi corazón / es delicado / él necesita / mucho cuidado / trátalo bien..." Nos dimos vuelta cuando oímos en la televisión, "fieles bolivianos en la Plaza de San Pedro", unos cruceños gordos y abrigados con sobretodos que habrían comprado en un saldo de allá. Las mujeres agitaban un rosario parecido al de las mujeres de acá.

-Todos los rosarios se parecen, muchacho -dijo el Quispe.

Ahora la cámara mostraba al papa, mudo, que golpeaba la ventana con un ramo de olivos, como si quisiera que lo sacaran de ahí. Las cruceñas levantaban los brazos y los rosarios, lo más cerca que podían del papa, para llevarlos benditos de vuelta a Bolivia. La transmisión se cortó con un Última Noticia sobre fondo rojo, y la locutora habló de "cuenta helvética de ex mandatario riojano". Después la cámara volvió al papa, y, no sé por qué, también a los cruceños.

Pedro se preguntó cuánto habrían tardado los cruceños en llegar a Roma. Porque habrían viajado en avión. Como ya había descubierto con Pedro, muchas veces las preguntas eran un atajo para empezar a contar algo que él sabía muy bien. Él había venido una vez a Buenos Aires con el Lloyd Aéreo Boliviano.

-No entiendo por qué la gente se aburre en el avión -dijo, después de explicar que los cruceños eran aburridos-. Hay tantas cosas en qué pensar cuando uno va en avión. Por ejemplo, ¿qué pasa si realmente la cabina pierde presión y el compartimento que está frente a mí no se abre? Todos están con su mascarilla, respirando muy a gusto, y yo, ¡amoratado, haciendo el ridículo! También es bueno repasar los pasos que hay que seguir para ponerse el chaleco salvavidas.

-Entre Bolivia y Argentina no hay agua, Pedro -lo interrumpió el Quispe.

-¡Pero cómo se ve que no has viajado en avión! No importa, lo desvían, y hacen un aterrizaje de emergencia. En el chaleco hay un silbato, para llamar la atención, en el caso de que llegue el rescate y se vayan todos y lo dejen a uno allí en el agua.

42.

Pedro despreciaba las Pascuas argentinas.

-No sé lo que son, pero Pascuas no son -asentía el Quispe.

El maestro Lino le había explicado en clase a Pedro cómo eran las Pascuas perfectas. Y las Pascuas perfectas se viven en los pueblos del altiplano, y no en las grandes ciudades llamadas Oruro o Chuquisaca (entonces se llamaba así).

-Son días tan tristes -les decía el maestro- que no se mueve ni una hoja. Hasta los burros están silencios.

Era un hermano lasallano y de Santa Cruz, vestido de negro hasta el piso, y siempre atildado como los cruceños que pasaban desde el Vaticano.

-¿Decía "silencios"? -le pregunté.

-¡Era de Santa Cruz, muchacho! Pero no sé dónde agarró la palabra silencios. "¡Tense silencios, muchachos!", repetía.

-No le hagas caso -me dijo el Quispe, sin mirar a Pedro-. Se lo está inventando.

Pedro hizo que no oía, lo miró a escondidas, y siguió.

-Años después me acordé del maestro Lino. Llegamos a Ciudad del Chairo a las dos de la tarde un Viernes Santo. Las mujeres andaban de luto, y los burros, de veras, estaban callados. Quisimos pedir una sopa, y no había.

El Quispe se animó.

-Peor lo que me pasó a mí. Otro año, también en Viernes Santo, me tocó cambiar de autobús en Mariscal Sucre, no la ciudad, un pueblo atraso, ay -y miró desafiante cuando dijo "atraso"- . Iba yo con mi madre. Mientras llegaba el otro autobús, ella se sentó en un banco de la plaza de Armas y me dijo: "Vete a comprarme unas salteñas". Se olvidaba que era pecado mortal comerlas. Pecado imposible de cometer, porque salteñas no había en todo el pueblo. Lo peor: acabamos comiendo un ceviche muy oreado, que unos peruanos pícaros vendían en el mercado.

-Tan malo no fue. Que acabaron comiendo un rico cevichito -se rió Pedro, imitando la pronuncia peruana de un video de tecnocumbia limeño.

-En otra ocasión tuve un pleito con un puestero. Sucreño - siguió el Quispe mirándome fijo, mientras con un gesto disimulado del pulgar señalaba insistente para Pedro-. Estábamos en el velorio de un tío mío, y los dolientes empezaron a tener mucha hambre. Salí yo con el encargo de traer salteñas y unas humitas para todos, y me encontré con el tamalero, que como muchos del lugar, creía que el Jueves Santo también era vigilia, y tenía sólo humitas de queso descremado y salteñas de verdura sin adobo.

"¿Que no tiene de carne ni pollo?", le dije, muchacho -acá me miró a los ojos, que yo era joven y me llevaban los demonios. Entonces, el tamalero beato levantó un dedo bastante roñoso para llamar mi atención a los campanazos del santuario de una Virgen de

Urkupiña, que estaban en ese momento retumbando. Y yo le interpreté muy bien. Me quería decir clarito: "No hay salteñas de carne, porque éste es un día muy sagrado". Me puse furioso.

"Hoy no es vigilia, viejo...". Y le puse aquí la palabrota más fea que puede decirse, que escandalizó a todos los que la oyeron, los dejó convencidos de que yo era un apóstata, y que no voy a repetir ahora delante de ti, muchacho, que eres demasiado joven.

43.

-Pero otras Pascuas las pasamos en El Beni. ¡Si el maestro Lino nos hubiera visto! Jugamos a los dados, le pegamos al cubilete todo el día, cantamos, bailamos, y el Viernes Santo nuestra hotelera, doña Petra, que era retrasada mental, mató un corderito y lo hizo en salsa bien picante, con su maíz.

"¿Que no será día de vigilia, señora Petra?", le preguntó, con mucho tacto, el más religioso de los que estábamos sentados en la mesa.

Doña Petra se encrespó. "¿Cómo va a ser día de vigilia? ¿Que no sabe usted que es la fiesta religiosa más importante del año?"

-Como nadie estaba de humor para meterse en discusiones teológicas, ahí nos chupamos los huesos del corderito.

Yo sabía que el Quispe no se iba a quedar callado.

-Un día memorable fue un Domingo de Resurrección que pasé en Oruro. Fui a misa a la Virgen de las Lágrimas y me senté en una silla que había en el presbiterio, la parte de la capilla que olía menos feo. Allí estaba yo muy devoto, cuando llegó Anacleto, el sacristán, con un vaso de agua sucia en la mano, a preguntarme si me la quería beber. "Es milagrosa. Te pone así", me decía Cleto -y el Quispe hacía un gesto de músculo, doblando el codo y cerrando el puño, mientras me miraba de reojo-. Era el agua del lavatorio, en el que el obispo había lavado los pies a los linyeras

representantes de los Apóstoles. Le dije que no, muchas gracias, y lo ofendí mortalmente a Cleto.

44.

Al papa ya lo corrían de la ventana, y ahora los cruceños se llevaban toda la atención de la televisión.

-¿Qué les parecen los europeos? -preguntaba una periodista joven con acento italiano, y pantalones y pelo platinado.

La cruceña la miraba con asco.

-Ellos no piensan más que en el dinero, no entienden como nosotros las cosas del espíritu.

Yo no entendí si se refería al Espíritu Santo, pero

Pedro me hacía gestos de que no mirara la televisión.

-O si no, en el avión uno puede hacer un concurso para ver quién de los pasajeros es más meón y va más al baño.

Empecé a darme cuenta de que el avión era un tema favorito de Pedro, y que todos ya habían oído estas historias por lo menos dos o tres veces.

-También puede uno caminar por el pasillo, y mirar las posturas de la gente cuando se queda dormida. Dramáticas.

DRAMÁTICAS.

En el viaje en micro desde Potosí yo no había podido mirar nada. Tenía sueño, y el Quispe me hablaba de la virgen.

-Pero sobre todo, en el avión uno conoce mundo. Había dos jóvenes argentinos vestidos color verde limón, que pidieron un diario y leyeron Clarín con voracidad. Diez norteamericanos y

cinco negros, jugadores de básquet, que sólo bebían leche, hacían una guerra de almohadas y se filmaban en video. Unos peruanos muy raros, que siempre miraban por encima del hombro, como si se acabaran de robar el Banco Nacional del país.

-¿De qué país?

-¡Cualquiera, hijo!

Tomó aire, y siguió.

-Otro señor peruano con un cinturón con una hebilla figurando un león, que hizo abdominales en el pasillo.

Lo más misterioso, una peruana que antes de partir se había hecho hacer en Lima un peinado de tres pisos, que estaba intacto a pesar de las cabezadas del avión. Llevaba unos pantalones campana, y una chaqueta hecha con la piel de algún animal andino. Muy fina.

-¿No te había dicho, muchacho, que ibas a aprender mucho con Pedro?

Asentí con la cabeza.

-¿No te había dicho, muchacho?

-Sí, Quispe.

Pedro sonrió, cambió la cerveza de mano, y me extendió la mano mojada, que tuve que estrechar. Quispe se dio cuenta de que yo miraba la cerveza.

-Mejor una cirrosis por beber que por amasar una fortuna. O por crear una familia.

Bebimos más cerveza, y nos fuimos.

-Ya te voy a decir yo quién es la peruana pelucona.

Pero nunca me dijo.

45.

-Hay palabras que ya no existen. ¿Alguien se acuerda de huachafo, de achorado? No, señores. No.

Quispe miraba de reojo a los peruanos que hablaban junto a nosotros, en la feria.

Un chiste entre ellos había despertado la risa y Quispe aguzaba el oído, comprimiendo los labios.

Habíamos escuchado otras veces hablar sobre los bolivianos, que son sumisos, que más valientes son los paraguayos y los peruanos. Pero ahora ellos aseguraban que la comida del Perú era incomparable, y que la argentina era más fea que la boliviana. Esto enfadó a Quispe.

-Vayamos por un buen fricasé, muchacho -dijo en voz alta.

Era bueno que sobre Bonorino siempre estuviera abierto algún puesto atendido por paisanas trabajadoras, o algún comedero boliviano con picante de pollo.

Entramos a uno que se llamaba "Oruro". Nos atendió un hombre sin camisa, y con el abultado vientre bamboleándose al compás de erráticos movimientos.

-¿Qué van querer los señores?

-¿Usted es el dueño?

-Sí señor.

Quispe lo inspeccionaba, como si estuviera reprobando su desnudo.

-Pues fíjese que se nos ha ido el hambre.

Tampoco quise contrariar al Quispe.

46.

Cuando podían, el Quispe y Pedro se conseguían diarios bolivianos. Decían que eran siempre iguales. Pero mejores que los argentinos, que estaban hechos para indignar a los lectores. Yo me acordaba de la casa de la señora Alicia, y de Ernesto que tiraba el Clarín al suelo con resoplidos —“A este país no lo arreglamos más, viejo”.

La tapa de los diarios era impresionante. "Siempre catástrofes nacionales, y triunfos extranjeros", decía el Quispe. La Paz se está hundiendo, está siendo invadida por gases tóxicos o por mineros con cinturones de dinamita que amenazan volarse, un ciclón acabó con las cosechas en Santa Cruz; la gente se muere de frío en el altiplano, la sequía achicharra al Beni. En Bolivia siempre hay fugas: de divisas, de cerebros, de joyas arqueológicas; se descubrió una estafa de mil millones, alguien robó con éxito una caja de jubilaciones. El presidente de Chile exhortó a negociar la salida al mar, lo que quiere decir —explica el Quispe— que no va a negociar nada. Un terremoto acabó con una ciudad en Irán, “lo que quiere decir que el día menos pensado nos toca a nosotros”.

—Pero en Argentina no hay terremotos, ¿no?

—Por eso, cuando viajamos a Oruro, nos toca. El mundo está desquiciado.

El Quispe sigue repasando las primeras páginas.

"Todas malas noticias", va mostrando con el dedo: la ayuda a Bolivia se reduce en un 40 por ciento, el presidente Rodríguez promete no hacerle caso a los manifestantes de El Alto, etc. Por otra parte, los norteamericanos llegaron a Marte y regresaron en un viaje perfecto, pero los paceños no pueden dar ni un paso, porque está todo bloqueado. Hay fotos rojas de Marte y de un robot que camina como una araña por un desierto polvoriento.

-Lo de Marte es bueno -digo.

-No entiendes, muchacho. Todos tenían la esperanza de que acabe en accidente. Que el robot explote como una bomba atómica. Y después los que lo vieron hubieran tenido por maña contar a sus nietos "Yo vi cómo explotó el robot en Marte".

-Y ahora, estas son las noticias edificantes -agrega Pedro-.

Le saca de un tirón el diario al Quispe, que se había distraído, y empieza a señalar. Un personaje importante dice qué ruta de la vida deben seguir los estudiantes, los empresarios, los mineros, los coccaleros. Otro empresario, también importante, promete no volver a meterse en política. Un tercero, que vino de visita, opina que Bolivia es un país de brillante futuro. Y las noticias que hacen pensar que en otras partes se está peor: se descubrió una matanza en África, la gente se muere de hambre en la India, hubo un golpe de Estado en Asia, alguien fue condenado a muerte en Cuba. Con detalles: choque de trenes en Brasil, un transbordador se hundió en China.

Otra sección. Una familia con un nombre que nos suena más o menos dio una fiesta, tres mujeres se casaron por fin, otra cumplió quince años. Alguien se recibió de algo.

Esta vez el Quispe pega el tirón, se levanta de la mesa, y empieza a leer, o hacer el que lee, mientras mira de reojo a Pedro que se le puso detrás: "Un hombre y una mujer dan gracias a Dios por haber sobrevivido a cincuenta años de matrimonio. Una peligrosa pandilla cayó en manos de los agentes del orden. Un sereno fue degollado". Otra sección: "Fue un partido aburrido que acabó en bronca. Bolivia, por razones inexplicables, estuvo ausente en un campeonato mundial". "Y tu horóscopo, muchacho: El cielo está bajo, anda con pies de plomo, alguien te está engañando". Me mira a los ojos: "Recibe el mensaje de Escorpio".

47.

-Tienes que conocer el campo.

-Ya estuve en Laferrere, Quispe.

-El campo de verdad. Este país es campo.

Finalmente, un día fuimos a Luján. El día era perfecto, el campo estaba verde, las vacas gordas.

Habíamos decidido que en el viaje a Luján haríamos dedo, para conocer un poco ese campo argentino.

Yo dudaba que aceptaran llevar a un par de bolivianos.

-Si no es uno viejo y sabio como yo, tiene uno que ser terriblemente atractivo como tú, de otra manera no hay quien lo lleve -me refutaba el Quispe.

-Yo sí que he hecho dedo de joven allá en Sucre, que es una ciudad universitaria, todos los médicos de América van a estudiar allá -era el relato de Pedro-. Pero por cada viaje rápido y cómodo, había varios aburridos y otros que eran una pesadilla. Hay señores que te aceptan nomás para echar sermones. "¿Ustedes a qué le juegan, muchachos? Trabajen, en vez de andar nomás de vagos".

-Ya ves, muchacho, Pedro era muy atractivo cuando era joven.

-Una vez subimos a un camión que iba al Titicaca.

Iba subiendo. Cuando llegamos a una parada, el chofer y su amigo se bajaron, y se tomaron veinticinco litros de cerveza y dos

botellitas de singani. En vez de salirnos y hacer dedo con otros camioneros, los esperamos a que acabaran de emborracharse para no pasar de miedosos.

En Luján nos pusimos al lado de la ruta para hacer dedo. No pasó mucho tiempo antes de que se detuviera Luís, un ingeniero agrónomo que nos dijo que le gustaban mucho la naturaleza y los bolivianos, porque la respetan. Luís trabajaba en el gobierno, en los Bosques Nacionales o algo así, y estaba muy amargado.

Andar entre bolivianos quiere decir andar entre gente que considera de mala educación dar información cuando nadie la pide, y de peor educación pedirla cuando nadie la da. Nunca dicen lo que dicen todos los argentinos, señalando un lugar en la ruta: "Ese lugar se llama Castelar, ahí vive el primo de la novia de mi hermano". "Ah, yo creía que ya era Morón", le dices. Y te contestan, "En Morón vive un tío de la novia de mi otro hermano, Lorenzo. Una casa linda, pero sin fondo". Así era Luis, el argentino.

-Me postergan -decía-. ¿Qué voy a hacer yo de mi vida, les pregunto a ustedes? ¿Qué voy a hacer? No puedo llevar adelante proyectos propios, tengo que hacer los que me dan. Y este país se va al carajo. Al recarajo. Antes, la pampa estaba cubierta de árboles, y una ardilla podía ir de Buenos Aires hasta la cordillera de los Andes sin bajarse de las ramas. Y ahora, miren,

miren —hacia un gesto con las dos manos y soltaba el volante—,
ningún árbol.

—Ahí hay uno —señalé y pensé que me iba a felicitar, o
agradecer.

—Eso es un ombú. No es un árbol, es una hierba.

Claro, en Bolivia no tienen.

Y ahí nos echó una conferencia sobre deforestación, erosión y
el futuro de Argentina que todavía hasta la fecha no veo un árbol
cortado sin estremecerme.

48.

Con pesar, siempre tenía hambre cuando llegaba a lo de Estefi, y me daban más hambre unos cuadritos pintados a mano, colgados por todas partes, donde invariablemente había hielo, cebollas, y peces como los de la feria del domingo, pero con un fondo negro y una vela encendida.

—Se llaman naturalezas muertas —me dijo el Quispe. Con energía, señalaba los cuadritos con el dedo, uno tras otro, hasta que se cansó, porque eran muchos.

—O bodegones —agregó Pedro—. Son siniestros.

Yo creía que bodegones eran esos bares donde los argentinos comen churrascos con puré o milanesas con papas fritas, y las pinturas más que siniestras me resultaban un poco maniáticas, o ridículas.

Fue cuando conocí bien a Sylvia que descubrí el misterio de los cuadros.

Esa tarde de sábado fui a buscar un lápiz, por consejo de Estefi, que me dijo que allí me prestarían, a la pieza de un boliviano grande, que siempre se enojaba con la gente y les hablaba a los gritos. Se llamaba Mariano. Cuando golpeé, Mariano estaba hecho una seda, vestido con un overol blanco manchado de todos colores. Eso me impresionó más que los gritos.

-Pasa, muchacho, pasa. Pasa.

Creo que ahí nació mi simpatía por Sylvia. Estaba desnuda, sirviendo de modelo a Mariano. La había sentado en un banco en una posición incómoda, arriba de una tela de plástico rojo oscuro.

El aspecto de la pieza era curioso. Siguiendo la tradición de los demás cuartos de la pensión de Estefi, salvo la cocina, todo estaba amontonado en desorden. En un rincón había un esqueleto, colgado de un armazón de madera balsa y alambre de gallinero, como los que usan los estudiantes de medicina en las películas. Después me enteré que lo había traído Pedro de Sucre, de la Facultad. Me imaginé a Pedro discutiendo en la frontera argentina, defendiendo la ciencia boliviana y moviendo el esqueleto.

Me dio hambre. Mucha hambre. Todas las paredes estaban cubiertas de los pescados de los domingos, colorados, frescos, sobre fondos siempre negros. Las pinturas eran más frenéticas que las que había visto en las otras partes de la casa de Estefi.

Ahí supe que Mariano era el pintor. Pintaba trabajosamente, y me parecía que sin talento. Trataba de representar pincelada a pincelada el cuerpo fino y elástico de Sylvia.

Sylvia era más difícil que los pescados. Un espíritu dulce y maligno latía en sus pechos, entre sus piernas. Una inteligencia derramada sobre su piel. Yo nunca había visto eso en los ojos de Sylvia. Sin la campera, ni la remera, ni los jeans, ni nada,

Sylvia parecía increíblemente linda y blanca entre la fealdad de todas las cosas, como un milagro de la virgen de Urkupiña.

—Mira, muchacho, mira —me decía Mariano.

Yo miraba. En el papel donde Mariano pintaba iba apareciendo un muñeco acartonado, tan estúpido como la expresión que había visto otras veces en la cara de la Sylvia vestida.

Por el piso manchado de humedades se arrastraban el niño, que era el hijo de Sylvia, y un gato. El animal parecía moribundo, tenía el rabo flácido, y se dejaba atormentar resignadamente por el niño.

Mariano no tenía un lápiz, y me ofreció un pincel.

—Todos somos artistas —dijo contento, con la cara inspirada, y me besó sonoro en la frente.

49.

Volví sin nada, pero a partir de entonces empecé a visitar a Sylvia. Muchas noches, después de cenar las sobras en lo de Estefi, me pedía:

-¿Vienes?

Yo iba. Su pieza se parecía en algo a la jaula de una fiera. El espacio mínimo para deambular. Estaba toda ocupada por una cama matrimonial, y una cuna grande para el niño. Me gustaba conversar con ella porque nunca había que contestarle nada.

-¿Qué opinas de mí?— era una de sus preguntas favoritas—. ¿No soy muy linda y muy joven?

A veces ella fumaba un porro.

-Ya sé que te gusta fumar.

-No, pues no me gusta.

-¿Por qué me mientes a mí también? ¿Por qué eres tan oscuro?

En la pieza se mezclaba el olor personal de la ropa sucia con el más agresivo e institucional de la ropa limpia. En las paredes había fotos de sus parientes en Bolivia, y fotos recortadas de las revistas y de los diarios, con actores de televisión argentina y de cantantes de cumbia. Entre todas, en un lugar preferente, muy iluminada, había una de dos gatitos siameses que jugaban y tenían de fondo el nevado Illimani.

En el ambiente pesado de su cuarto ella, que era soltera, se tiraba sobre la cama matrimonial, como si le pesara demasiado el pelo largo, más bien rubio, lacio, y abundante. Un día se puso a llorar, sin decir por qué. Lloraba raro.

50.

Al Quispe no le agradaban mis visitas nocturnas a la pieza de Sylvia.

-La ciudad es un infierno. Y en toda Buenos Aires no hay barrio que se parezca más al infierno que Cobo. Aquí vive la gente aglomerada, en acecho unos contra otros. Toda prudencia en la conducta es poca, porque el diablo tiene formas tentadoras. ¿Me entiendes?

-No, Quispe.

El Quispe me miró.

-No eres muy inteligente, niño.

Nos quedamos callados.

-Te lo diré de otro modo. Si no me ocupara de ti para todo, aquí en lo de Estefi encontrarías multitud de peligros. Por lo tanto, no visitarás a esa sin mi permiso. ¿Entiendes ahora?

-Sí.

Yo sabía que el Quispe no se iba a seguir oponiendo. Y pronto retomé mis visitas a Sylvia, que me sonreía por las mañanas, temprano, cuando me iba a buscarlo a Pedro, mientras ella daba al niño cucharadas de una papilla gruesa.

51.

Sylvia repetía las mismas historias.

-El padre de Mariano era un hombre muy raro.

Imaginate que quería matar al gato. Por eso quedó así el bicho, siempre de rabo caído. Porque el pobre animal es muy viejo, y vomitaba por los rincones, el padre de Mariano no lo podía sufrir. Pero yo, naturalmente, lo defendí contra todos, como hago siempre que alguien es perseguido. Yo cuido.

Mientras Sylvia hablaba, el bebé caminaba rápido por la cama, en cuatro patas. Estaba gordo, pero tenía un aire insalubre, pálido, como que le faltaban sol y aire.

-Mariano lo quería al padre, y lo respetaba. Muchas veces le llevó al gato para que lo matara, porque así grandodote como lo ves, él es un cobarde. Aunque el viejo tampoco lo consiguió matar. Todas las noches se encerraban, para hablar, en un cuarto junto al que yo dormía. Yo quería saber lo que decían. ¿No te hubiera pasado lo mismo? Y además había una puerta entre las dos piezas. Yo creía que hablaban de mí. Estaba segura de que hablaban de mí. Una noche me puse a escuchar.

Miré por la cerradura.

Sylvia me miró.

-¿Y de qué hablaban?

-Nada, de cosas, de otras cosas.

52.

Con el tiempo, también empecé a escucharlo a Mariano. Tenía una cacatúa, y le preparaba golosinas con la fruta que comía él. La recortaba, y la ponía como de adorno en un plato. Le salía bien, mejor que las pinturas. Cuando terminaba, mostraba el resultado a todos. El Quispe resoplaba fuerte, y miraba al cielo, o al techo de cinc.

53.

Desde que había triunfado contra el arquitecto de la municipalidad, el Quispe seguía obstinado en ordenar la feria de los domingos.

-Hay que encauzar -me decía, con un gesto de las manos como si estuviera achicando un cuadrado invisible, primero arriba y abajo, después a los costados.

Ese día, cuando llegábamos de trabajar, lo vi venir con un ojo negro. Evidentemente, había dialogado con el encargado.

-¿Pero qué pasó, Quispecito? -le preguntó Pedro, cuando nos sentamos en el bar-. ¿Algún mal de amores?

-Tuve un desencuentro con el energúmeno.

-Ese encargado es uno de esos eternos desubicados que si van al hipódromo lo sacan a empujones, porque se puso a corretear por la pista -era el Mono.

Como un comentario, la televisión se puso roja. EL BOLIVIANO FERROZ DE LA PATERNAL, se leía en letras blancas.

Todos nos sobresaltamos. La voz decía que el boliviano feroz se llamaba Quispe.

54.

Un día Mariano se marchó. Nadie sabía a dónde.

Al final, Sylvia se acercó a la cocina de Estefi, y le preguntó a Denise, que cocinaba y limpiaba para ella.

-Diga, Denise, ¿sabe cuándo volverá Mariano?

La mujer torció hacia ella, veloz, su risa espantosa.

-Él volverá. Él nunca deja de volver. Se va y viene. Viene y se va. Pero no se pierde nunca.

¿Verdad, Pedro? No hay que preocuparse.

Se volvía hacia Pedro, el perro que ella cuidaba, y que estaba, como de costumbre, detrás de ella, con su roja lengua afuera.

-¿Verdad, Pedro, que no se pierde nunca?

Los ojos del animal relucían amarillos mirando a la mujer y los ojos de ella brillaban también, chicos y oscuros, entre los humos del fuego de brasas que estaba encendiendo para asar anticuchos.

Estuvieron los dos así, fijos, hipnotizados. Tuve la seguridad de que Denise no iba a agregar una sola palabra a sus poco informadores comentarios.

55.

Estábamos en el bar amarillo. Pedro había vuelto a venir por las tardes, y a escuchar las historias de los peones.

-Desde que llegué quise contarles mi nueva aventura, y me distraje.

Era Jonatan el que hablaba.

-Anoche encontré mi alma gemela, mi mujer ideal. Nos enamoramos, pero sin decir una sola palabra. Ella es extranjera. Rusa, ucraniana. Es rubia. Tiene pómulos de rusa, y los ojos más misteriosos que vi. Soñadores, sí, soñadores. Estaba en el cabaret donde va Hugo, pero parecía descentrada ahí. Iba elegantísima y la acompañaba un tipo que se la comía con los ojos. Ella le hacía muy poco caso. Estaba aburrida, parecía nerviosa... En ese momento me miró. Un segundo, pero ¡qué mirada! Me decía todo: sus sueños, sus esperanzas... Porque no es una aventura, es una muchacha muy joven, delicada, pura...

-Te conocemos, Jonatan. Ya tendrá cuarenta años, el pelo teñido, y habrá nacido en El Alto...

-Bueno, pero la aventura no termina ahí. En aquel momento el tipo que la acompañaba volvió porque había que pagar la cuenta y los dos se levantaron. Yo no sabía qué hacer. Cuando llegaban a la puerta, la muchacha se volvió a mirar hacia dentro del cabaret,

como buscándome... Amigos, salté del banco, dejé el café sin pagar...

-Entonces era café, y no singani...

-No pagué la bebida, y corrí tras ellos. Pero en ese momento para mi rubia y su acompañante llegaba un remis, y se subían... Seguro que habían llamado. No sé lo que sentí. Desgarramiento. Porque ella cuando me miró la última vez lo hizo con verdadera tristeza. Era una llamada de socorro. Hoy pasé el día -bueno, cuando no trabajaba, y acá miró a Pedro- buscándola. Es necesario que la encuentre. Esto pasa sólo una vez en la vida.

-A ti, que eres privilegiado, te pasa una vez por semana -dijo Pedro.

56.

-Tenemos que prevenirlo contra Jonatan -oí que me decían en el bar.

-Ah, sí, ¿y por qué?

Me miraron un poco doloridos.

Abigael, que yo no sabía que se llamaba así, me dijo que Jonatan era una calamidad. Su padre, el de Jonatan, había sido un célebre gasista, y ya tenían una casa en Laferrere, con quinta.

-Pero Jonatan es un niño mimado, en fin -resumió Abigael-: una persona sin iniciativas a la que en la vida se le ha ocurrido hacer nada.

Jonatan era hijo único y había empezado a trabajar de gasista. Pero su padre murió, y a su madre le iba bien con la quinta. Se dedicaba a divertirse y a no hacer nada en todo el día. En opinión de Abigael, era un ser despreciable.

Me acuerdo de Abigael, mientras decía estas cosas: estaba sentado, con las piernas cruzadas, con cara de ángel justiciero, rojo de indignación.

-¿Y cuándo vas a empezar a ir a la escuela técnica, Abigael? - le preguntaron, pero ahí yo no oí bien el nombre.

Abigael lo miró. Hizo un silencio, y después alzó los brazos.

Los bajó, y siguió hablando contra Jonatan.

57.

-La vulgaridad es una forma de impotencia.

Pedro se calló. Nos callamos. Su chiste me había hecho reír. En el bar de paredes amarillas se hizo silencio. Todos parecían haber oído las sabias palabras del Quispe. No advirtió las miradas, cortó un pedazo de carne y lo pasó por su adobe de cilantro.

-Me tengo que ir -dijo Pedro.

-Así es -contestó Quispe.

Pedro salió y Quispe apartó el plato.

-Se me ha ido el hambre, muchacho.

Me indicó que lo siguiera. Caminamos por Bonorino. Era la primera vez que Pedro y Quispe peleaban. Se lo pregunté a Quispe de todas maneras.

-No es asunto tuyo.

A veces Quispe podía ser muy cruel.

-Pero te diré algo. Pronto será la celebración del Dios de la abundancia, El Ekeko. ¿Sabes qué me compraré? Un amigo en miniatura. Porque eso es lo que me hace falta.

-Ah, el Ekeko.

-La Fiesta de Alacitas, muchacho, para hablar con exactitud. Es una tradición paceña. ¿Recuerdas qué día se celebra?

-El 24 de enero, Quispe, en honor a la Virgen de Nuestra Señora de la Paz y al Dios de la abundancia Ekeko.

-¿Desde cuándo se celebra?

-Desde la época colonial, Quispe.

Quispe me miró con asombro.

-Finalmente no parecen tan malas tus nuevas compañías.

Me di cuenta que no se iba a quedar callado:

-Aunque no deberías llamar a eso época colonial. Fueron años de opresión.

-¿Cómo debo llamarlo, Quispe?

Quispe se sonrojó, incómodo.

Época posshimperial. O possh-aymara. La decadencia, hijo.

58.

Llegó finalmente el día de El Ekeko. La calle Bonorino cambió de aspecto, y los puestos ofrecían todo tipo de miniaturas. La mañana era pacaña por lo fresca, el cielo limpio, azul. Se hicieron grandes preparativos.

-En aquella tienda encontrarás lo que quieras -me hizo notar Quispe. Y en efecto, como las demás, ofrecía verduras, papas, especias, pero también todo tipo de objetos en miniatura, casas, edificios, autos de colores flúo, bolsitas con alimentos disecados, sillones, títulos universitarios, valijas, novias, novios, dólares, bolívares y lingotes de oro.

-Ah, es como volver a la gran ciudad imperial. Acompáñame, muchacho, y no te pierdas.

El dueño de la tienda se llamaba Melvin. Cuando llegamos dormía sentado en un banco pequeñísimo, usaba ojotas y hacía equilibrio con la cabeza apoyada contra el pecho y los brazos cruzados. Quispe lo sacudió del hombro y Melvin se puso de pie de inmediato.

-Qué tal amigos, qué tal -dijo Melvin mecánicamente.

-Ah, don Quispe, cómo está usted, perdóneme, estaba haciendo un descancito. ¿Quién es el niño?

-No es un niño, Melvin, es un muchachote, tiene casi tu edad, pues.

-Sí, claro, anda, siéntate a mi lado. Oye bribona, tráenos chicha para Quispe y su amigo -ordenó Melvin a una paisana.

-Al tiro mi amor -dijo ella, guiñándole un ojo a Quispe.

Melvin propuso que brindáramos por este gran día y Quispe comenzó a investigar los objetos de la tienda.

-¿Y tú eres discípulo de Quispe? -me preguntó Melvin con admiración o sorna.

Era de esas personas que no esperan respuestas.

-Eres afortunado. Yo, señores -me hablaba a mí pero levantó los ojos, como queriendo que lo oyera Quispe-, yo, MELVIN CHOQUI, no he tenido suerte en este país. No señor. Los talleres, sabes, eso jodidito está ahora. Desde que comencé a trabajar me repetía toditos los días: con lo que he de ganar, invertiré mi dinero en un gran negocio. Te preguntarás en qué iba a invertirlo.

- Sí, eso: ¿en qué...?

-Pues en la Coca Sek, ¿tú qué crees!

Melvin me miraba:

-La Coca Sek, hermano, COCA SEK. ¿Sabes lo que es? ¿La conoces? La bebida del altiplano, del Pacífico, ¿entiendes?

-No la conozco -balbuceé.

-Lo ignoras todo. Oye, como la uva no es vino, la coca no es cocainá.

Y empezó a cantar y repetir "la coca no es cocainá" con ritmo feliz, pero con un tono como el de alguien a punto de suicidarse.

Yo pensé: "Ya ha empezado con el trago". Miré a ver si tenía cerveza.

-Toma, lee.

Pero lo que me dio Melvin fue un periódico arrugado, el Renacer, y me señaló con el puño una nota que alguien había subrayado muchas veces:

"El Presidente, Evo Morales, anunció que llevará una 'torta de coca' al cumpleaños del presidente de Cuba, el 13 de agosto de 2006, como muestra del inicio de un proceso de industrialización que se desarrollará con apoyo, precisamente, de Cuba y Venezuela.

'Están obligados los cocaleros a ir con torta de coca', aseguró y anunció que el 17 de junio se dará inicio al proceso de industrialización de la hoja de coca, que se cultiva en los Yungas de La Paz y el Chapare, en el marco de la nueva estrategia de lucha contra el narcotráfico.

El Mandatario, atendiendo la invitación de una Fundación, participará del cumpleaños número 80 del Presidente de Cuba, Fidel Castro. La duda, dijo, fue qué regalo llevar 'para nuestro abuelo

sabio' y los cocaleros –recordó– propusieron elaborar y llevar una torta de coca.

La hoja de coca, en los últimos años fue transformada en harina, que es utilizada para la elaboración de pan y también tortas, entre otros derivados. 'Se dice que coca es cocaína, cero de coca, (pero) ¿cómo es posible que Fidel, festeje en su cumpleaños comiendo torta de coca?', preguntó desconcertado un alto mando del PC cubano.

Bolivia, Venezuela y Cuba, en el marco del Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP) firmaron acuerdos para instalar plantas de industrialización de hoja de coca en el Chapare (Cochabamba) y los Yungas (La Paz) y garantizar mercados para este producto".

Miré a Melvin. Dormía.

Seguí leyendo el periódico. Melvin se despertó, e insistió en que leyera otra nota, también marcada varias veces con redondeles rojos.

"Jeannette Ruizpor vino hace 7 años a este país en busca de un futuro mejor, pero para sobrevivir a la villa 1-11-14 del Bajo Flores, junto a sus dos hijas, trabajó durante años, 14 horas diarias, en un taller de coreanos. Con los poco más de 500 pesos

que recibía por su paga, dejaba a sus dos hijas en casa de parientes para que las cuidaran, y les pagaba 100 pesos a su tía y a su prima. A Karina, su hija menor, la maltrataban y el 31 de marzo terminó muerta en un incidente que la justicia investiga. Jeannette quiso retirar el cuerpo de su hija pero como su hija no tenía DNI fue al CGP N° 5 donde la atendió el Jefe del Registro Civil, quien declaró que ella mostró una 'actitud desaprensiva, poco maternal'. A la quinta vez que quiso retirar la documentación de Karina, el 27 de abril le comunicaron que ella quedaba detenida. La trasladaron al penal de mujeres de Ezeiza por orden del juez Ricardo Woxley. Como el Sr. Juez se tomó licencia, el juez Ponce lo suplantó. Renacer conversó con una de las tías, quien cuida a la hija mayor de Jeannette. El 4 de mayo en la capilla ardiente del cementerio de Flores, y después de las pericias, la niña, que en vida solo supo de maltrato, fue enterrada. Los amigos realizarán una marcha el martes 9 de mayo a las 10 hrs. frente a Tribunales".

59.

Quispe continuaba hurgando en la tienda. Melvin bebió su tazón de chicha, se secó los labios con el brazo y pidió otro.

-¿Has visto alguna vez a un muerto?

-No -fue lo que dije. No sabía si los parientes contaban.

-Eso es grave. Jesús enseña que es algo necesario, y él vio a Lázaro. Tú sabes que en ningún hogar boliviano falta el dios de la mitología aymara...

-Dios menor -interrumpió Quispe.

-Que el dios menor de la mitología aymara... -repitió Melvin.

-Oye, Melvin, ya pues, ocupémonos de los negocios.

No supe si estas palabras gustaron o disgustaron mucho a Melvin. Tomó con las dos manos el objeto que había seleccionado Quispe.

-Ah, sí, es un muñequito bien vestido, cargado de objetos suntuosos y billetes de banco. Fíjate, sobre sus hombros lleva ollas de plata, collares de oro, bolsas de coca. Es el símbolo de la opulencia.

Quispe estaba molesto o quizás aburrido.

Melvin continuaba hablando:

-Su rostro eufórico, ¿has visto? Es la alegría del que todo lo tiene. Es un auténtico Ekeko.

Se calló un minuto, sólo para agregar, casi con reproche:
-Sus facciones no son de cholo.

Sonaron bocinas y pasó al lado nuestro una caravana de automóviles viejos y grandes, cargados en sus carrocerías con vajillas de plata, ponchos de vicuña, mantas cochabambinas, monedas y dinero de toda procedencia. Entre cintas multicolores, flores y cuadros de santos. Una pareja de paisanos iba con sus parientes rumbo a la iglesia. El cura los seguía, echaba agua bendita y miraba como con desgano para los dos costados.

60.

Como Quispe quería comprarse al amigo en miniatura y no al Ekeko, la suya no fue una tarea fácil: no había amigos en miniatura. En los puestos, los muñequitos estaban vestidos de novios, las muñequitas, gordas, con tetazas enormes, eran novias ante el altar, pintadas como prostitutas.

—O como travestis —había dicho Pedro.

Quispe no hablaba, parecía perdido en sus pensamientos. La paisana que nos trajo la chicha lo miraba con picardía.

Acabó Quispe por comprar su Ekeko, pero no lo veía contento.

Nos despedimos de Melvin.

—Vayamos prontito al comedero de Martita en Pompeya o a La Ventanita, a brindar por nosotros —prometió Melvin con una amplia sonrisa.

Con Quispe fuimos escrutando otros puestos de la feria.

—Presiento que este año no será tan benigno como el anterior —dijo Quispe en el bar amarillo, ya descansando con una Quilmes tibia y agria, esperando él con ansia una sopa de maní y yo otra de chairo, que me gustaba más porque se parecía en algo al caldo de gallina peruano.

61.

Cuando los vecinos vieron a la semana siguiente a Pedro conduciendo un vehículo rojo descapotado no dudaron en atribuir las causas al gran Ekeko. Pedro, en efecto, le había comprado un autito de color rojo a La Gringa, la puestera que aseguraba año tras año comunicarse directa e íntimamente con El Ekeko. Y desde entonces a Pedro no lo veíamos después del trabajo. Ya no venía al bar amarillo y solo oíamos de él. Ni siquiera a él sino a su auto descapotable rojo, que rugía por Bonorino desde Castañares hasta De la Riestra, y tornaba, maniático, veloz, desde De la Riestra hasta Castañares para luego perderse por Perito Moreno. Pronto las puesteras de Bonorino comenzaron a fastidiarse con Pedro y su auto endemoniado. Empezaron a maldecir su suerte apenas veían el carro en el horizonte. Días después terminaron por arrojarle —a instancias de Diana, la puestera más brava— restos de comida: contundentes huesos de gallina —de pierna y entrepierna—, el agua sucia de los baldes para lavar los platos y hasta unas bombas llenas del arroz que sobraba en los platos, armadas con precisión por el chibolo de Diana, Nahir. Pedro, en musculosa anaranjada, eludía los objetos y reía como el diablo que decían que era.

62.

—Yo quisiera saber una cosa, muchacho, algo que escapa a mi razón, a mi entendimiento: ¿qué es lo que le sucede a Pedro? —me preguntó alarmado, horrorizado el Quispe.

Yo no tenía ninguna respuesta. Pero lo cierto es que Pedro había cambiado. Su aspecto en principio: se lo veía, siempre a lo lejos, siempre en movimiento, con anteojos negros, musculosa y jeans ceñidos. Alguien perjuró que había visto también un tatuaje en honor al Ekeko en su hombro izquierdo, pero esto no era cierto.

Y también cambiaron sus ocupaciones. Ya delegaba lo más pesado del trabajo en sus peones, como yo. Parecía que trabajaba en otra cosa, porque los paisanos lo veían montado día y noche a su carro rojo, riendo, chirriando gomas y eludiendo los restos de comida que le arrojaban las chicas y los niños —liderados por el pequeño Nahir, que había impuesto a sus subordinados una disciplina de hierro.

Se multiplicaron los rumores. Diana me los había resumido dos días antes mientras yo terminaba los restos de un caldo de gallina antes de que se enfriara:

—Ahí está ese amigo de ustedes. Ya no escucha música chicha, se olvidó del Chacalón y ahora escucha cumbia villera.

La acusación me pareció muy dura. Porque al Quispe le dolería mucho.

63.

A las dos semanas Pedro volvió al bar, amarillo. Caminando plácidamente, sin los anteojos, sin la musculosa y sin los jeans ceñidos. Nos saludó, pidió una Quilmes. Ni Quispe ni yo le preguntamos sobre su ausencia. Habíamos visto pasar la etapa desenfrenada de Pedro. Diana me contó que a Pedro le habían robado el carro y que los de Chimbote lo habían botado por timorato.

Pero sin embargo, durante los días que siguieron a su reaparición, Pedro se mostraba distante con nosotros:

—Como ido —añadió el correntino—. Si digo esto, Quispe, es para que sepas un par de cosas. Pedro ha sido engañado. Engañado como un niño, como una virgen que aguarda en el altar, como una niña violada, se la han dado por atrás con furia y sin asco. ¿Captas? ¿Y quién lo ha engañado? Una mujer. Una mujer codiciosa que se aprovechó de la devoción de Pedro por ese Ekuko. La Gringa hizo que el Pedro comprara ese autito en miniatura, y luego le vendió uno de verdad, medio fundido y caro. Después, encima, hizo que se lo robaran. ¿Y es cierto lo que me han dicho, Quispe?

—¿Qué te han dicho?

-La Gringa me ha contado que querías conseguirte un noviecito
-soltó una risotada el correntino buscando aprobación en las mesas
de al lado.

64.

Fue, en esas semanas anteriores, la única vez que subí al auto de Pedro. Salidos del barrio, él manejaba con prudencia. Tardamos cerca de una hora y media en llegar a Laferrere. Caía la tarde, había mosquitos y un sauce llorón cubría la mitad de una construcción en forma de bungalow. Era un gran restaurant boliviano, se llamaba Llajtaymanta, y tenía una sala que me parecía enorme. Desde el fondo avanzaba a grandes pasos un hombre con bigotes y patilla que me tendió la mano ceremoniosamente:

-Encantado, soy René, el administrador.

A Pedro lo saludó más familiarmente, aunque con golpes que hacían paf, paf en los hombros, como para sacarle polvo. A Pedro le dolió, para satisfacción de René. Y a Marcos, el potosino al que habíamos arrastrado hasta aquí, lo miraba más enigmáticamente.

Pedro estaba convencido de que el taciturno Marcos, que debía tener su edad o un poco menos, ya había estado antes viviendo en Argentina, y había venido con él a este bungalow, cuando era el salón bailable Titina. Estábamos ahí para que Marcos recordara.

El gran salón estaba vacío. Nos condujo hasta el fondo, donde estaba tendida una mesa con cuatro cubiertos. Había un ramo de distintas flores rojas, amarillas, naranjas, todas de colores violentos.

-No falta la flor nacional -dijo Pedro, y señaló una.

René asintió con coquetería. Yo quise preguntar cómo se llamaba, pero después pensé que era mejor no decir nada.

René señaló una de las puertas ventana:

—Tengo clientes en el otro bungalow. Una boda.

—Marcos, ¿nunca viniste acá? —empezó Pedro con su insistencia.

Marcos miraba perplejo.

—Vamos, René, muéstrale la vista.

René nos llevó a todos afuera, hasta una galería que dominaba un estanque bien cuidado, que parecía artificial. En una parte, donde se estrechaba, había un curioso puente de junco.

—Es una réplica del Titicaca —explicaba orgulloso René, y señalaba hacia la orilla de enfrente, por donde navegaba solitaria una piragua también de paja, con la bandera boliviana.

El puente llevaba al otro bungalow, y a donde era la fiesta de casamiento. Yo oía fragmentos que podían ser de cumbia, de vals peruano, de otra música pegajosa. Las puertas ventanas estaban muy iluminadas, y veía pasar a las parejas que bailaban.

—No son muy numerosos en esa fiesta —dijo René— y tengo la impresión de que la boda va a terminar en partuza.

Después alzó los hombros, como diciendo por mí hagan lo que quieran.

Volvimos a la sala del restaurant, y René cerró la puerta ventana.

65.

-Les preparé una cena sin pretensiones.

René se sentó a la cabecera.

-Marcos, ¿qué prefieres como cerveza?

-Lo que ustedes gusten.

-¿Quilmes?

-Es una excelente idea, René -exclamó Pedro.

Nos atendía un boliviano de mi edad, que me miró a los ojos cuando trajo la cerveza a la mesa.

-¿Y entonces, René? -era Pedro, que buscaba saber si lo reconocía a Marcos.

Con el tenedor en la mano izquierda, René pinchaba tranquilo las salchipapas. Era de pelo oscuro y abundante. Tenía la piel grumosa, mejillas que se le caían y que sólo las patillas le sostenían, y labios finos de gastronómico.

-Sí, sí... -murmuró.

Nos sirvió cerveza, y la tomé rápido.

-Pero en una de éstas el señor no quiere que hablemos más del tema, y prefiere seguir de incógnito.

-No, por favor -dijo Marcos.

-Creo que me acuerdo, pero ahora que se afeitó el bigote es más difícil -lo interrumpió René, mientras mecánicamente se acarició el suyo.

-Si se pusiera el bigote, sería más fácil.

Pedro le pasó un ají a Marcos.

Marcos lo agarró, y lo iba a empezar a picar. Era una buena idea para mí, pero no para Pedro:

-No, amigo, ¡ponte el ají sobre el labio, quieres, para que René se acuerde!

Marcos se lo puso de mala gana, y René lo miraba haciendo gestos con el pulgar, mientras entornaba los ojos como un retratista, como Mariano hacía con Sylvia. Marcos se quitó el ají, porque quería comer.

-¡No, un momento más, por favor! ¡Un MOMENTO, he dicho!

Después aclaró:

-Más lo miro, más me parece que formaba parte de un grupo de famosos noctámbulos que venía acá.

-¿Pero cuándo?

-Hace una eternidad.

-¿No sería de la época que hicimos esa casa grande en la que estuvimos un año, que los dueños querían que se pareciera a un casco de estancia?

René lo miraba a Marcos cada vez más fijamente.

-Discúlpame -le dijo-. ¿Te molestaría ponerte de pie?

René lo miraba de arriba abajo.

-¿Te molestaría dar una vuelta? Eso, así, bien despacio.

René se agarró la cabeza con las dos manos, como si quisiera retener algo que se le pudiera escapar de un momento al otro.

Tuvo una sonrisa triunfal.

—Ya está, puedes sentarte.

Estaba radiante. Estaba seguro de que lo que iba a decir produciría un efecto. Nos sirvió cerveza a todos, de manera lenta y ceremoniosa.

—Brindemos —dijo—. El enigma de Pedro está resuelto.

Todos levantamos las copas, brindamos, y yo me tomé la cerveza de un sorbo.

66.

-Ya lo tengo. Ya me acuerdo. El señor -lo señaló a Marcos con un gesto del mentón- siempre venía acompañado. Por otro paisano. De la misma altura que él. ¿No te recuerda a nadie, Pedro?

-¿Pero de cuándo estás hablando?

-Una eternidad, sí.

Ahora fue el turno de Pedro de mostrar una sonrisa triunfante. Asentía con la cabeza.

-Ahora veo.

-¿Entonces?

-¿Un señor con apodo quechua?

-Pero sí.

-Siempre pedían que pusieran la canción, triste o alegre, quién sabe, "Vienes, vienes y te vas".

Empezó a silbarla, con los ojos brillantes. Yo también, bruscamente, estaba emocionado. Estaba seguro de que la conocía, esa canción, en una versión nueva, que había oído por la Bonorino.

En este momento, el boliviano de mi edad que nos había atendido se acercó a René, y le señaló algo, en el otro extremo del salón.

Una mujer estaba sentada, sola, en una de las mesas, en la penumbra. Llevaba un vestido celeste y se apoyaba el mentón en la palma de la mano. Era boliviana, bonita. ¿En qué pensaba?

-Es la recién casada.

-¿Qué hace ahí?

-No sé.

-¿Le preguntaste si no quería algo?

-No. No. Ella no quiere nada.

-¿Y los otros, en la fiesta?

-Pidieron unas botellas de singani, o si no, dijeron que de vodka está bien.

René encogió los hombros.

-Eso no me concierne.

Pedro, que no le había prestado ninguna atención a la recién casada -yo la miraba de costado- ni a lo que decían, le repetía a Marcos:

-Entonces... ¿No te acuerdas de alguien de tu corpulencia, con apodo quechua? Yo sospecho quién es.

Marcos se agitaba, y acabó por responder, con una sonrisa misteriosa, o simplemente molesta:

-Bueno, sí, un poco.

Pedro se dirigió a René y le dijo, con un tono solemne:

-Se acuerda del hombre. SE ACUERDA.

El boliviano de mi edad seguía inmóvil delante de René, con un aire fastidiado.

-Señor, los de la fiesta quieren usar las habitaciones del bungalow. ¿Qué hay que hacer?

-Ya lo dije yo, que esta boda iba a acabar mal. Y bueno, viejo, dejémoslos que hagan lo que quieran -dijo, de golpe con acento argentino-. Eso no nos concierne.

67.

La recién casada, a lo lejos, seguía inmóvil en su mesa. Había cruzado los brazos.

-Me pregunto por qué se queda allá, tan sola -dijo René-. En fin, eso tampoco nos concierne en absoluto.

Y mientras decía esto hizo un gesto con la mano, como para espantar una mosca.

-Pero volvamos a nuestras ovejitas -agregó, y se dirigió a Marcos.

-Entonces usted admite que reconoció al amigo.

-¿A qué amigo?

-Al amigo de sobrenombre quechua, vamos -dijo guiñándole un ojo.

-Bueno, puede ser.

-Y por lo tanto, éste pertenecía a la misma banda de noctámbulos, ¿no es verdad, René? -insistió Pedro, mientras lo golpeaba suave en la nuca a Marcos.

-Todos desaparecidos, Pedro, todos desaparecidos. Así se pierden los bolivianos en Argentina -suspiró-. Era una época mucho más hermosa que la nuestra. Menem era presidente. Y sobre todo, los jóvenes eran de mejor calidad que ahora.

-Y sobre todo, nosotros éramos más jóvenes -intervino Pedro de nuevo, sonriendo, dejando ver los dientes de oro.

68.

A partir de ese momento, parecieron desinteresarse de la historia de Marcos. El boliviano de mi edad nos sirvió más alcohol. Nos trajo una de las botellas de singani que eran para la boda, y nosotros lo agregábamos a la cerveza, para hacer unos tragos más fuertes. "Son submarinos bolivianos", decían. Era de noche. No pasó demasiado tiempo antes de que René nos dijera:

-Discúlpenme. Tengo que acompañarlos a la salida, porque todavía me queda por hacer la contabilidad. En todo caso, fue un placer verlos. Vuelvan cuando quieran. Y los otros, ahí con su partuza -e hizo un gesto en dirección al Titicaca.

Todos se saludaron. Atravesamos la sala del restaurant, que estaba mucho más oscura que a nuestra llegada. La recién casada vestida de celeste ya no estaba en su mesa. Apenas salimos, oímos ráfagas de la música, porque habían subido el volumen, y también risas que venían del otro lado del estanque.

Al despedirse, René lo apretó fuerte en el brazo a Marcos:

-¿Lo va a volver a ver, al amigo?

-No sé, puede ser.

-Si lo ve, dígame que René se acuerda mucho de él.

Nos alejamos, y abrimos la puerta del auto de Pedro. Alguien estaba apelotonado en el asiento de adelante, la cabeza apoyada contra el vidrio. Me incliné, y reconocí a la recién casada.

Dormía, tenía el vestido celeste bien levantado, se le veía bien el muslo.

-Hay que sacarla de ahí -me dijo Pedro.

La sacudí dulcemente, pero ella seguía durmiendo. Entonces, la tomé por la talla, y conseguí sacarla del auto.

-No la voy a dejar acá en el piso -les dije.

La llevé en mis brazos hasta el bungalow. Su cabeza se había acomodado en mis hombros, y sus cabellos me acariciaban el cuello. Tenía un perfume picante que me hacía acordar a algo, ¿pero a qué?

69.

De un remis se extraía con dificultad un hombre corpulento, con el cráneo completamente calvo, con gruesas bolsas bajo unos ojos de un indio que no parecía boliviano.

Nosotros estábamos en otro remis. Nosotros éramos Pedro, Marcos y yo. El chofer de nuestro remis era peruano, tenía el pelo teñido de un color claro, la piel casi blanca, con mejillas gruesas y ojos saltones. Nunca había visto a nadie con los lóbulos de las orejas tan carnosos. Como yo estaba atrás, lo miraba.

-¿Ustedes qué están esperando, exactamente?

-A alguien que va a salir de esa iglesia evangelista, donde entró el gordo.

-¿Ustedes son evangelistas?

-No.

-Es idiota, tendrían que haberle preguntado a qué hora salía. Les habría costado más barato.

-Qué le vamos a hacer.

Me pide a mí que le vaya a buscar a una cevichería de la vuelta una Tribuna Peruana, que acaba de salir. Salgo del auto, y el sol parecía derrumbarse y después reflejarse en el templo blanco. Entorné los ojos, y me apuré.

En la cevichería me tuvieron un rato, y me hicieron probar una lechita de tigre. Cuando volví, seguían atentos, pero la persona que Pedro quería que Marcos reconociera —o que lo reconociera a Marcos— no aparecía.

El chofer se puso a mirar la Tribuna. Fruncía las cejas para leer. Tardaba con cada página, y daba vuelta las hojas después de haberse mojado el índice con un lengüetazo. Las páginas de la Tribuna eran grises, y tenía títulos en rojo, un poco como la bandera peruana.

Nadie interrumpía su lectura. Después miró su reloj pulsera, y nos preguntó:

—¿Les parece que vayamos?

Ahí se decidieron, y Pedro me dijo que me bajara con ellos. Entramos al templo. No había nadie. El gordo había desaparecido. Todo estaba vacío, y no daba la impresión de que los fieles fueran a volver. El dato que le habían dado a Pedro era falso. O distraído. Me preguntaba quién sería el paisano que nunca encontrábamos.

Pedro estaba fastidiado. Pero Marcos parecía tranquilo. Yo me acordaba de la fotonovela paraguaya sobre la amnesia. Pedro con su flashback, y Marcos sin recuerdos.

70.

"Luchar y matar es malo, pero no estar preparado para ello es un error. Lao Tsé". Arturo Durazo Moreno, "El negro", había sido guardia de seguridad en Bolivia, pero antes fue policía en México. Quispe se enteró de su muerte por el Vocero Boliviano. Me contó que no obstante sus fechorías fue un gran policía, y que le gustaba repetir la frase de Lao Tsé rodeado de cambistas paceños y miradas de odio. "Lo conocí en 1973. Dejó tras de sí una vida llena de paradojas: vistió toga y nunca fue jurista; se autonombró oficial en México y nunca acudió al Colegio Militar, en 1976 Portillo, en México, lo nombró jefe de una comisaría capitalina. De jefe policial se convirtió en prófugo en 1984 y fue detenido en Potosí. Había cometido un error... ¡Pregúntame cuál muchacho, o estás dormido!".

-¿Qué error cometió, Quispe?

-No conocía bien Bolivia.

-...

-Bolivia, hacia el Este, tiene selva y desierto, y choca con Brasil y Paraguay; al sur, contra las provincias argentinas, no olvidemos al desierto del Gran Chaco. Durazo no sabía las cosas básicas de nuestro suelo. Quiso hacer importación-exportación en Potosí pero no conocía los yungas. Su fatalidad fue desconocer el Código Civil, que los cruceños copiaron de los franceses...

Como no entendía de estas cosas, preferí callarme. Quispe movía su vaso de cerveza en círculos. Tampoco siguió hablando. Yo me preguntaba qué relación pudo haber entre él y un ex policía mexicano atrapado en Bolivia. Me reconfortó pensar que era un misterio entre tantos en la larga vida de Quispe.

71.

No hubo manera de saber nada de Mariano hasta que él mismo reapareció un atardecer. Estaba yo con gente en lo de Estefi, y como en prisión correccional, porque el Quispe me había atrapado en el momento que me estaba escapando en puntas de pie a la Bonorino. En un instante así, la llegada de Mariano me llenó de una alegría inesperada.

Me pareció más moreno, con la frente y la nariz quemada por el sol, pero demacrado, sin afeitarse y con el cuello de la camisa sucio.

Sylvia lo miró de arriba abajo.

-¿Querría saber dónde has estado!

Él sólo parecía preocupado por una cosa.

-¿Dónde está? ¿Dónde está mi loro?

Ahí mismo encontró la cacatúa, y empezó a acariciarla.

-Puedes estar segura que te lo voy a decir, Sylvia... ¿Quién ha cuidado mi loro, Estefi?

-Yo, Mariano, yo -dijo Estefi, que no se llamaba Estefi, pero le sonreía-. No me olvidó nunca.

-Gracias, Estefi, gracias.

La enlazó por la cintura, de modo que parecía que iba a levantarla, y le dio un beso en la cabellera.

Esa noche, la misma en la que llegó Mariano, oímos gritos, insultos. Carreras y tropezones con las cosas. El niño de Sylvia empezó a llorar ahí encerrado y la abuela de Estefi, que también vivía ahí encerrada, en otra pieza, se desesperó. Salimos. Ella golpeaba la puerta. Vimos sus brazos esqueléticos.

—¡Mariano, Mariano! ¡Esse niño! —hablaba como boliviana, y eso me asombró.

De pronto se abrió la puerta de una patada de Mariano, y Sylvia salió despedida, medio desnuda y chillando. A mí me pareció que en el fondo se reía.

—¡Pedazo de forra! —era Mariano que hablaba.

Mariano la alcanzó, y aunque ella trataba de arañarlo y morderlo, la agarró debajo del brazo, la llevó al pasillo, y de ahí a ese baño que estaba separado...

—¡Pobrecito mío!

Gritó la abuela corriendo hacia el niño, que se había erguido, y babeaba sobre la cama matrimonial. Luego, cargada con él, corrió con el resto de la gente por el pasillo.

Mariano metió a Sylvia debajo de la ducha, y sin quitarle la poca ropa que le quedaba, soltó la lluvia helada sobre ella. Le agarraba la cabeza, así que si abría la boca no tenía más remedio que tragar agua. Mientras gritaba, dirigiéndose a nosotros y a la otra gente que había llegado y que señalaba con satisfacción el pecho desnudo de Sylvia:

-¡A la cama! ¡Acá no tiene que hacer nada nadie!

Pero no nos movíamos. A Sylvia se le cayó el otro bretel del corpiño. La abuelita suplicaba:

-¡Por tu hijo, Mariano! ¡Por tu hijo! ¡Vuelve en ti!

-¿Quién te dijo que es mi hijo, vieja puta?

De pronto soltó a Sylvia -cuando ella ya no se resistía- y vino hacia nosotros con tal rabia que Denise, la mujer que trabajaba con Estefi, se escabulló inmediatamente, seguida del perro, que iba gruñendo con el rabo entre las piernas.

-¡Y tú Estefi, llévate inmediatamente a ese niño donde no lo vea o lo estrello!

72.

Sylvia había cerrado el agua, pero no hacía ademanes de vestirse. Yo la miraba. Mariano me descubrió.

-¡A ver si servís para algo en tu vida! ¡Traé una toalla!

Las costillas se le destacaban debajo de la remera que llevaba, y le palpitaban violentamente.

Yo no sabía dónde guardaba Mariano las toallas. Traje mi toalla, pero era chica, y también traje una sábana de mi colchón, por si hacía falta. Me daba miedo que Sylvia se atrapara una pulmonía. Yo me había levantado con hambre y con frío. Me pareció oler un caldo de gallina en el pasillo.

Mariano intentó sacar a Sylvia de abajo de la ducha de un solo tirón, pero ella le mordió la mano.

-¡Pedazo de forro! -le gritó esta vez ella, contenta, mientras él le daba puñetazos en la cabeza.

Después Mariano se paró de pronto ahí, de nuevo quieto y jadeante.

-Por mí puedes morirte, ¡bestia! -le dijo a Sylvia, y se fue pateando las puertas del pasillo, por donde seguía saliendo gente. Yo todavía no había descubierto dónde habían cocinado el caldo de gallina.

Sylvia no opuso resistencia cuando empecé a sacudirla, y a intentar que saliera de ese baño. Las cucarachas y los otros

insectos ruidosos y marrones empezaban a acercarse para tomar agua. Ella misma se sacó el panty. Pensé que los dedos le iban a obedecer con dificultad, pero no. Era ágil. Vi que estaba afeitada abajo. Nunca la había visto desnuda tan de cerca. Frotando su cuerpo lo mejor que pude, entré yo en calor. El ejercicio me dio más hambre. Luego me vino un cansancio tan espantoso que me temblaban las rodillas.

La envolví con la sábana.

-Ven a mi cuarto, si quieres -le ofrecí, pensando que así se acabaría la noche.

En la pieza, Sylvia se acostó sobre mi colchón, envuelta en la sábana con la que yo la había secado. El Quispe no estaba ahí, y eso me asombró. O más bien me inquietó. Puse, en un gesto impulsivo, mi mano sobre la de ella, y ella me la estrechó comunicándome su calor. El calor que había ganado después de que la frotara. En aquel momento, era como si se hubiera dormido mi hambre, sin saber por qué.

Ella me besó el cabello.

Súbitamente me quedé rígido, aunque seguíamos unidos por las manos.

-Qué ingenuo eres en estas cuestiones, muchacho. Qué ingenuo - me iba a repetir después el Quispe, delante de Pedro y de los demás-. Tú no conoces a las bolivianas: son... ágiles como serpientes y suaves como palomas.

Nunca me había besado una mujer, y yo tenía la seguridad de que la primera que lo hiciera sería elegida por mí entre todas. No fue así. Sylvia apenas había rozado mi cabello. Me pareció que el beso era una consecuencia de aquella situación que habíamos vivido juntos, de los gritos de Mariano y las miradas de todos por ese cuerpo desnudo. Y me pareció que no podía rechazarlo, o indignarme. En aquel momento Sylvia me volvió a besar con suavidad, esta vez en la boca. Tuve la sensación absurda de que me corrían sombras por la cara, como en un atardecer, y el corazón me empezó a latir furiosamente en una estúpida indecisión, como si yo tuviera la obligación de soportar esas caricias.

73.

Llegué a lo de Estefi con dolor de cabeza. Había tomado demasiadas Quilmes en la calle Beazley. Ahora iba a veces ahí a comer peruano, así el Quispe no me veía. O las chicas no me delataban. Aunque Fabián era amigo de Diana. O más que amigo, me decía él. Y agregaba que también era mejor cocinero:

-¿Dónde se ha visto un lomo saltado sin jugo de carne? -y movía la cabeza con amarga desaprobación.

En lo de Estefi me extrañó el gran silencio que había, a pesar de que era la hora de la cena. Denise se movía con desacostumbrada rapidez. En la cocina la vi acariciando al perro, que apoyaba la cabezota en su regazo. De cuando en cuando conmovían a esa mujer sacudidas nerviosas como descargas de electricidad, y se reía mostrando unos dientes verdosos.

De golpe vino más cerca, y me dijo a media voz, con satisfacción.

-Muchacho, va a haber entierro. Entierro -acentuaba la palabra.

-¿Cómo?

-Se va a morir el crío.

Me fijé que Sylvia no estaba ahí, y que en su pieza había luz.

-Fueron a la guardia de la salita. ¿Verdad, Pedro? -le preguntaba la criada al perro que gruñía.

Me levanté y entré a la pieza. Mariano le había hecho una pantalla a la luz para que no le molestara al niño, que parecía insensible, encarnado de fiebre. Mariano lo tenía entre sus brazos, porque no soportaba estar sobre la cama matrimonial sin llorar continuamente. También estaba la abuela de Estefi, que parecía atontada. Vi que le acariciaba mecánicamente los pies al niño, metiendo la mano por entre la ropa que lo envolvía. Mariano y la abuela estaban sentados en el borde de la cama, y en el fondo, sobre la cama también, pero apoyada contra la esquina de la pared, vi a Sylvia jugando a las cartas muy preocupada.

74.

Pensé que Sylvia estaría haciendo solitarios. A veces los hacía.

-¿Qué tiene el niño? -pregunté.

-No se sabe -dijo la abuela.

Mariano la miró y dijo:

-El médico opina que es un principio de neumonía, pero yo sé que es por algo que comió. Algo que le dio esta puta.

-Ah.

-No tiene ni la más mínima importancia. El niño está perfectamente constituido: ¡raza de bronce! Soportará bien esta fiebre -seguía diciendo, mientras sujetaba con gran delicadeza la cabeza del pequeño, y la apoyaba en su pecho.

-¡Mariano! -chilló Sylvia-. Ya es hora de que te vayas.

Anda, Mariano, anda, dale el niño a mamá.

Mariano puso el niño en brazos de la abuela, y el niño empezó a llorar.

-¡A ver! Dámelo a mí.

El niño sólo se calmó cuando lo volvió a tomar Mariano.

-¡Qué pícaro! -dijo la abuela de Estefi-. Cuando está bueno sólo quiere que lo cargue yo, y ahora que está enfermito, sólo quiere que lo cargue Mariano.

Mariano se metía el abrigo, pensativo, mirando al niño.

—Come algo antes de marcharte, ¿quieres? La sopa de maní hierve en la cocina. Está bien rica, le puse lechita buena para ti. Y queda pan blanco, crocante.

—Sí, sopa caliente. La pondré en un tazón de lata, como para chicha.

Antes de salir, volvió a la alcoba. El niño estaba en mis brazos, pero Mariano no me lo quiso sacar, porque no lloraba más. Sylvia jugaba siempre con esas barajas, entre ansiosa y aburrida.

—Voy a dejar esto —dijo Mariano—. Me colgaré un abrigo más gastado.

Y agarró uno muy estropeado, con manchas de ají verde o de vómito, que había colgado en un riel que hacía de placard, en un rincón de la pieza.

—No hace tanto frío, y trabajando de sereno se estropea.

Mariano era grande, de espaldas anchas, y un abdomen tenso y como para adentro. Se jactaba de su cuerpo; al Quispe lo fastidiaba (es latoso un Schwarzenegger bolita, qué cojudez, decía, tómate ya unas cervecitas con los amigos, Mariano). Hacía fierros en el gimnasio de unos paraguayos, en el otro extremo del barrio, donde los altares eran de la virgen de Caacupé. Sylvia decía que tomaba pastillas, que por eso los músculos de arriba se le ponían así; Estefi se indignaba, y decía que no, que era todo

natural. Por el físico, hacía trabajos de guardia por turnos, a la noche, en la feria de La Salada.

Se ve que no se decidía a irse.

-¡Que se hace tarde, Marianito! -era Sylvia la que le gritaba.

Por fin se fue.

75.

Sylvia golpeaba sobre la cama las cartas que iba sacando del mazo, una detrás de otra, con impaciencia. Cuando oyó que la puerta última se había cerrado, y no había más pasos en el pasillo, siguió un rato con las orejas paradas, escuchando. Después dejó el mazo y gritó:

-¡Abuela!

La abuela se había ido a terminar la sopa que Estefi le había preparado a Mariano, que sólo había bebido unos sorbos. Hacía ruido con su boca de pocos dientes.

-¡Vamos, abuela, rápido! ¡Que no tengo toda la noche!

La abuela vino, con el pan mojado en la mano.

Sylvia sacó al niño, y lo puso en el regazo de la abuela. No le importó que empezara a llorar. Después se empezó a vestir con lo mejor que tenía. O lo más vistoso.

-Tuvimos mucha suerte de que Mariano pegara esa guardia esta noche, abuela. Lástima que no sea en La Salada.

La abuela no decía nada, pero hacía gestos con la cabeza, refunfuñando, muy sonora. Me había sacado al niño, y lo paseaba por la pieza: era ya muy grande para sus brazos muy viejos.

-Rece por mí abuela, que yo voy a casa de mi hermana, para que me dé dinero para las medicinas del niño. No tome frío, ni se enoje. Aquí el muchacho la acompañará bien:

-La vas a acompañar muy bien, ¿no? -Sylvia me miró con unos ojos que recordaban el beso que me había dado. Me dio asco, pero dije:

-Sí, Sylvia, claro, con mucho gusto.

-¿Por qué no cenas antes de marcharte, mujer?

Sylvia lo pensó un minuto, y no vaciló: decidió tragarse "en un periquete" la sopa de sobras, que Mariano ya había dejado sin terminar, y el pan que había mordisqueado la abuela. La sopa parecía menos que tibia, y bastante pegajosa. Sylvia comía rápido, y hacía ruido cada vez que la cuchara chocaba contra el metal del cuenco; el niño se despertó con el estruendo y lloraba. Sylvia no terminó la sopa, ni el pan.

76.

Salí al pasillo, y después a otro. Ahí miré el cielo frío, de color morado oscuro. Yo quería que volvieran las noches de verano, con su aliento tibio y rosado como la sangre de una vena. Me gustaban las venas.

Cuando volví a entrar, Sylvia ya se había ido, y la criada de Estefi, que siempre dormía en el fondo, en un colchón flaco y estrecho en el piso, había aprovechado y se había venido a la pieza con Pedro, el perro, para echarse y dormir en la cama matrimonial.

Oí un zumbido insistente, como de mosquitos, o de un moscardón. Parecía imposible que fueran insectos, con este tiempo. Tampoco era el ronquido sordo de la criada. Me di cuenta que era la abuela que rezaba, resfriada.

-¿No quiere que le tenga un poco al pequeño, abuela?

La abuela me miró enfurecida, y con la mandíbula hizo enérgicos gestos negativos.

-Sácame el rosario del bolsillo, ¿quieres?

-¿No le duelen los brazos?

-No, muchacho imbécil, no. ¡Anda, anda!

Le di el rosario, que tuve que sacar de un bolsillo donde estaba apretado, envuelto en su pañuelo.

Ahora empezó a pronunciar con más claridad las palabras de un Padrenuestro.

Pasaron las horas, demasiado religiosamente.

De pronto, oímos que alguien caminaba por el pasillo. Pensé que era Sylvia, y que yo podría volver a mi colchón, a la pieza, con el Quispe.

77.

Debajo de la jaula, que estaba cubierta por una funda, salió un sonido chirriante. Era la cacatúa, que empezó a cantar o a hacer lo que sea que hacen las cacatúas. Me asusté: no era Sylvia, era Mariano el que venía. No había dominado su inquietud, y volvió de la guardia antes de tiempo. Pensé que él perdería también ese trabajo. La cara de la abuela mostró terror, aunque también un poco de gusto.

Mariano se dio cuenta de todo. Se inclinó rápidamente sobre el niño que respiraba, enrojecido, por la boca entreabierta. Pero enseguida se enderezó. Dio un golpecito a la jaula, y echó a las patadas a la criada y a Pedro. El perro empezó a saltar y ladrar, y oímos gritos que pedían silencio.

-¿Qué hizo Sylvia? ¿Dónde está?

-Sylvia descansa un poco con Estefi. O tal vez no. ¿Verdad que no, muchacho? Salió a buscar algo a la salita, a la que está de guardia ahora, la nueva, en la Zavaleta. Fue con un remis. Un remis de los peruanos... Ya no me acuerdo. Díselo tú, hijo mío. Explícale.

Mariano estaba exasperado. El niño se despertó, y empezó a llorar a los gritos. El loro también gritaba, chillaba. Mariano golpeaba la jaula del loro con una mano, frenético, mientras que con la otra tomó al niño, y empezó a canturrearle algo. Lo tenía

apoyado sobre su abrigo, que traía mojado de la calle. A veces maldecía entre los dientes. Al final dejó a la criatura sobre la falda de la abuela.

-Mariano, ¿a dónde vas? ¿Qué va a decir Estefi? El niño va a llorar...

-Voy a buscar a esa puta, a traerla arrastrándola por los pelos si es necesario, para que venga con su hijo...

Temblaba. Tomó al niño por última vez, lo besó, y después lo tiró arriba de la cama. Salió dando un portazo.

La abuela me insistía.

-¡Vete con él, hijo, vete con él! ¡Búscalos, que los matará!
¡Vamos, vete, qué esperas!

Sin pensarlo, me puse la campera y salí corriendo por los pasillos, detrás de Mariano.

78.

Corrí como si me fuera la vida en eso. Cuando al fin salí a la calle, veía acercarse los faroles de la luz y la gente, como siluetas confusas, amarillas y negras. La noche era fría, y la empecé a sentir cargada de humedad.

Mariano caminaba muy rápido, casi corriendo. Apenas lo vi, me di cuenta de que me llevaba mucha ventaja. Pensé que si se le ocurría tomar un remis yo no tendría dinero para perseguirlo. ¿Dónde estaría el Quispe ahora?

Pero no marchó para el lado de la Cancha de San Lorenzo. Llegamos a Carabobo y Castañares. Mariano cruzó la avenida y se quedó parado en la esquina donde comienza, oscuro, el barrio de los coreanos. Delante de Mariano pasaron dos colectivos llenos, con los vidrios empañados. Me imaginé el olor ahí adentro. Mariano miraba para todos lados, como para orientarse.

Me pareció que él estaba demasiado flaco y trabado, y que el abrigo le colgaba, se le hinchaba con el viento frío, jugaba con sus piernas. Yo estaba ahí, casi a su lado, sin atreverme a llamarlo. ¿De qué hubiera servido que lo llamara yo?

El corazón me latía rápido por el esfuerzo de la corrida. Mariano empezó a dar unos pasos largos como en dirección a Rivadavia, y lo seguí. De pronto dio la vuelta tan de prisa que

quedamos frente a frente. Sin embargo él pareció no darse cuenta de nada. Pasó a mi lado en dirección contraria a la que antes había llevado, sin verme.

Volvió a la esquina, cruzó la calle con un trote corto y furioso y esta vez se metió por Corea. De ahí, al barrio. Había una canilla pública, mal cerrada, y se formaban charcos. Después, Mariano se dirigió a cruzar de nuevo la Bonorino. Yo corría para seguirlo. De un almacén cerrado salía olor a verdura podrida. Antes de cruzar, sobre una tapia se veía la luna, helada. Toda la sangre corría conmigo, a grandes golpes, adentro de mi cuerpo. Pensé en un caldo de gallina caliente, recién hecho.

79.

Cada vez que por un pasillo veíamos la luz de la Bonorino, Mariano se sobresaltaba. Paraba, y movía los ojos en todas las direcciones. Se mordía las mejillas desde adentro.

En una bocacalle más iluminada que las otras se quedó parado, con el codo derecho apoyado sobre la mano izquierda, y acariciándose pensativo la frente, como presa de un gran trabajo mental.

-Adentro de la cabeza, pobre hombre, tiene dos monitos que pedalean y pedalean -decía siempre Quispe de un argentino DT que pasaban por la tevé, cuando tenía que decidir un cambio.

El recorrido que hacíamos parecía no tener fin. Yo no tenía idea de adónde quería ir Mariano. No sé si me importaba. Se me había metido en la cabeza la obsesión de seguirlo, y esa idea me tenía agarrado de tal manera, que ya no me acordaba de la abuela ni de para qué estaba ahí.

Después, me pasó lo mismo que con Quispe, la primera vez que vinimos acá. Me enteré de que podíamos haber hecho un camino dos veces más corto.

Un policía nos había mirado con aire de sospecha, antes, cuando marchábamos por las calles laterales del barrio coreano, corriendo como íbamos uno detrás del otro. Pero ya estábamos en el

barrio, y Mariano se lanzó a las luces de la Bonorino, de las que hasta entonces parecía haber huido.

Él parecía olfatearme, porque a cada instante volvía la cabeza. Yo no sabía adónde podría conducirme este vagabundeo, y pensaba qué bien me vendría que estuviera el Quispe, para ayudarme a calmar los furiosos arrebatos de este paisano que estaba empezando a conocer. Sé que me tranquilizaba pensar que no llevaba armas.

Entramos en un pasillo negro, completamente silencioso, cuando se abrió una puerta por la que salió despedido un peruano borracho, con tan mala suerte, que cayó sobre Mariano, haciéndolo vacilar. Pareció que a Mariano le corrió una descarga eléctrica por la espalda. En un abrir y cerrar de ojos le pegó una trompada a la mandíbula, y se quedó quieto, esperando que el otro se repusiera. Al cabo de unos segundos estaban enzarzados en una lucha bestial.

Yo apenas podía verlos. Oía sus jadeos y sus insultos. Una voz rasposa rompió el aire encima de nosotros, desde una ventana invisible:

-¿Qué pasa aquí?

80.

Yo tuve miedo, y preferí seguir invisible. No tenía idea de lo que podía pasar unos minutos después. Encima de aquel infierno oímos voces ásperas, como desgarradas. De golpe, aparecieron unas mujeres, que alentaban a los luchadores con risas. Me pareció que unas caras gordas flotaban en el aire.

Oí como un rugido, y vi que Mariano y su adversario peruano habían caído y se revolcaban por el barro del pasillo. Nadie tenía intención de separarlos. Un hombre los enfocó con una linterna, y ahí vi que Mariano se tiraba al cuello del otro para morder. Uno de los mirones le dio un botellazo a Mariano con buen tino, haciéndole dar vueltas y quedar caído en el fango. A los pocos segundos se incorporó.

En aquel momento alguien dio un grito de alarma. En un instante nos quedamos solos Mariano y yo. Incluso el contrincante había desaparecido. Mariano se levantó tambaleándose. Oímos unas risas como ahogadas, arriba. Yo, que estaba inactivo, reaccioné de pronto, saltando, con una prisa como de fiebre o locura, hacia Mariano. Lo ayudé a ponerse de pie, y toqué sus ropas manchadas de sangre. Jadeaba.

No me salió la voz, y empecé a empujar a Mariano. Por la estampida de los demás, como en las películas, sabía o creía que iba a venir gente de la policía. Metí a Mariano por otro pasillo.

Antes de torcer la segunda esquina oímos pasos. Mariano había reaccionado bastante, pero se dejaba guiar por mí. Me apreté contra su hombro, y él me abrazó. Pasó un grupo. Eran unos paraguayos que pisaban fuerte, charlaban haciendo bromas en guaraní y tenían un olor también fuerte, como a perfume comprado en Ciudad del Este. Ahí me di cuenta en qué parte del barrio estábamos. Los paraguayos no nos dijeron nada. Un rato después estábamos separados, y en la Bonorino. Mariano apoyado en una pared, con las manos en los bolsillos, y cayéndonos a los dos la luz amarilla de un farol.

Me miró dándose cuenta de quién era yo. Pero no me dijo nada porque le parecía natural que yo estuviera en la noche con él. La sangre le goteaba sobre el ojo.

-Vamos a casa, Mariano

-¿Crees que me he vuelto loco con el golpe? Sé muy bien a lo que he venido aquí.

81.

Yo oía, en mi cerebro, en mi pecho, repercutir los latidos de mi corazón. Me ensordecían.

-¡Vamos! -quise decir-. ¡Vamos!

Otra vez Mariano se enfureció y le temblaba la mandíbula.

-En casa estará ya de vuelta Sylvia. Sólo fue a ver a su hermana, a pedirle dinero para las medicinas.

-¡Mentiras! ¡Que eres cojudo! ¿Quién te manda meterte en lo que no te importa, muchacho?

No me gustó. Sólo el Quispe podía llamarme muchacho.

Mariano se tranquilizó un poco.

-Sylvia no le tiene que pedir dinero a la bruja esa. Hoy me dijeron por teléfono que me iban a dar dinero, por un cuadro de una mujer que pinté para una disco.

Se animó cuando dijo disco.

-¿Conque pedir dinero? ¡Como si yo no supiera que su hermana no le da ni las buenas noches! ¡Pero ella no sabe que yo hoy le rompo la cabeza! Conmigo puede portarse mal, pero que sea peor que los animales con los cachorros, eso no. Lo que a ella le gusta es beber cerveza y singani y divertirse en casa de su hermana. Y al niño, que lo cuide la abuela de Estefi. A Sylvia la conozco bien. Pero si tiene sesos de falso conejo...

En todo esto, insertaba puteadas argentinas que recuerdo bien, pero ¿para qué las voy a repetir?

Iba hablando mientras caminábamos. Apoyado él en mi hombro y empujándome al mismo tiempo. En aquellos dedos que me agarraban sentía toda la energía de los nervios. Y a cada palabra, a cada paso, su fuerza se agudizaba.

Sé que volvimos a pasar por la misma calle de la pelea, envuelta ya en silencio. Ahí Mariano olfateó como un perro en busca de un rastro.

Mariano empezó a aporrear una puerta. Le contestaron los ecos de sus golpes. Siguió pegando patadas y trompadas un buen rato, hasta que le abrieron. Entonces me apartó de un empujón, y entró dejándome en la calle. Oí como un grito sofocado ahí adentro. Después nada.

82.

Estaba tan cansado que me senté en el umbral, con la cabeza entre las manos, sin reflexionar. Después levanté la vista. Por encima de todo este cansancio estaba la luna. En los pasillos uno se olvidaba. Me empezó a entrar risa. ¿Para esto toda la carrera, la persecución? ¿Qué pasaba si no salían de ahí en toda la noche? Creo que después lloré. Pasó un rato largo, puede ser que una hora. Del suelo se levantaba humedad. La luna iluminaba el pico de una casa, que parecía plateada. El resto lo dejaba a oscuras.

Me empezó a dar cada vez más frío. Temblaba. A mi espalda se abrió la puerta, y una cabeza de mujer se asomó cautelosa. Después me miró más tranquila, y creyó reconocerme:

-Kunallan tatayki hamunqa.

-No es mi padre.

Le contesté en castellano. No quería que pensara que acababa de llegar.

-¿Maymanta kanki?

-Soy amigo de Sylvia.

Me hizo un gesto para que entrara.

Finalmente, entré. Me encontré con el local cerrado de una especie de almacén que vendía comestibles y bebidas, iluminado únicamente por una bombita de pocos watts. Junto al mostrador

estaba Mariano, dando vueltas entre sus dedos a un vaso a medias lleno. Pensé que era singani.

De otra habitación venía un ruido animado y un chorro de luz se filtraba por debajo de una cortina. Era evidente que jugaban a las cartas. ¿Dónde estará Sylvia?, pensé.

La mujer que me había abierto era muy gorda, y tenía el pelo negro, teñido. Mojó la punta de un lápiz en su lengua y apuntó algo en un cuaderno.

-Ya es hora que te vayas enterando de tus asuntos, Mariano. Ya es hora que sepas que Sylvia te mantiene... Eso de venir dispuesto a matar es muy bonito, y la sopa boba de mi hermana aguantando todo antes que decirte que los cuadros que pintas solamente los quieren los cartoneros.

Se volvió hacia mí:

-¿Quieres una gota de singani, papacho?

-No, gracias.

-Qué educado. Aprende, Marianito, aprende.

Y empezó a reír.

Mariano escuchaba todo, callado. Yo ni siquiera pude imaginarme qué pasó mientras estaba en la calle. Mariano ya no llevaba el pañuelo en la cabeza. Me fijé que su camisa estaba desgarrada. La mujer siguió:

-Y puedes dar gracias a Dios, Marianito, de que tu mujer te quiera. Con el cuerpo que ella tiene podría ponerte buenos cuernos

y sin pasar tantos sustos como pasa la pobrecita, venir a jugar a las cartas. Y el señor se cree que es un artista.

Se empezó a reír de nuevo, moviendo la cabeza. Mariano dijo:

-¡Si no te callás te estrangulo! ¡Cerda!

83.

La gorda se irguió amenazadora. Pero en aquel momento cambió de expresión para sonreírle a Sylvia. Ella aparecía de sorpresa, porque no salió del cuarto con luz donde jugaban a las cartas, sino por una puerta lateral. Mariano también la sintió llegar, pero se hizo el que no la veía mirando hacia el vaso. Sylvia parecía cansada. Dijo:

-Vamos, chico.

Y agarró el brazo de Mariano. Indudablemente lo había visto antes. Como diría el Quispe, la virgen de Urkupiña sabrá lo que había pasado entre ellos.

Salimos a la calle. Cuando detrás de nosotros se cerró la puerta, Mariano echó un brazo por la espalda de Sylvia, apoyándose en sus hombros. Caminaron un rato sin hablarse. Yo seguía atrás.

-¿Se ha muerto el niño? -preguntó Sylvia.

Mariano dijo que no con la cabeza, y empezó a llorar. Sylvia estaba espantada. Él la abrazó, la apretó contra su pecho, y siguió llorando, todo sacudido por espasmos. Hasta que ella lloró también.

84.

Dos días después, Mariano entró impetuoso en la casa, como rejuvenecido.

-¿Han limpiado mi campera? -preguntó Denise.

-Sí, Mariano, sí, ya la llevaron a su pieza.

Pedo, el perro, empezó a ladrar, perezoso y gordo, para saludar a Mariano.

-Este Pedo -dijo Mariano, haciendo una mueca con las cejas- se está volviendo demasiado decadente... Amigo, si sigues así te degüello como a un cerdo... A cada pedo le llega su San Martín.

La sonrisa se quedó quieta en la cara de la auxiliar de Estefi. Sus ojos se pusieron brillantes.

-No diga bromas, Mariano, no diga bromas. Pobre Pedo. ¡Si cada día está más guapo! ¿Verdad, Pedo? ¿Verdad, hijito? Como usted, Mariano, cada día más guapo.

Me pregunté qué edad podría tener Mariano. Seguía de pie, junto a la puerta, mientras miraba a Pedo. En la frente se le formaban arrugas verticales. Se volvió hacia mí y me dijo:

-Ayer cumplí treinta y cinco años... ¿Qué te pasa?

Mi asombro venía de que había contestado a mi pregunta interior. Me miraba y se reía sin saber a qué atribuir mi expresión. Se lo dije.

85.

Estábamos volviendo con Jonatan, que vivía más lejos en el barrio. Cuando llegábamos a lo de Estefi, vi cómo Sylvia entraba con el Quispe.

-¡Es ella! La princesa rusa... Soy un imbécil. ¿Cómo es posible que la conozcas? Habla, habla claro. ¿En qué país nació? ¿Es rusa, polaca?

-Boliviana.

Jonatan quedó atontado.

-Entonces, ¿cómo es posible que estuviera esa noche en el cabaret? ¿De dónde la conoces?

-Vive con Estefi.

-¿Y todos esos hombres que la acompañan?

-Ése es el Quispe. El del cabaret, no sé, claro.

(Y mientras le decía esto a Jonatan, se me representaba nítidamente la imagen de Mariano.)

Entré distraído en lo de Estefi, pensando que por más vueltas que uno parezca dar, se mueve en un mismo círculo.

86.

-El muchacho no es bueno para lamer el suelo que pisa Sylvia. ¿Lo oyes bien? No sirve para nada más que para hacer comedias, y para querer humillar a los demás, para eso sirve.

Entendí la actitud hostil de Mariano de aquellos días. Sabía que se le iba a pasar. Él nunca limpiaba su pieza, pero cuando me vio con el jabón de cocina en la mano, me lo vino a quitar casi con brutalidad, diciendo que "lo necesitaba", y se lo llevó al estudio, donde, por aquellos tiempos, no pintaba ya, sino que pasaba más horas con la cabeza entre las manos mirando al piso con los ojos abiertos.

Así lo vi yo un rato después, cuando encontré a la criada de Estefi acechándolo, por la rendija de la puerta semientornada.

Cuando ella me vio, se enderezó rápidamente; luego se llevó el dedo a los labios, sonriéndome, y me obligó -bajo la amenaza de tocarme con las manos sucias- a mirar a mi vez. Tenía en la cara la alegría de los chibolos que apedrean al chibolo tonto. A mí me entristecía ver un hombre tan grande, en la silla, entre la desolación de las cosas viejas e inútiles.

Nadie le hacía caso a Mariano. La mujer que trabajaba en la cocina cantaba, y machacaba en el mortero. Entonces Mariano se levantó, y empezó a pegarle a la puerta de su pieza. Sylvia -que ya no se ocultaba para vestirse, ir a lo de su hermana, y jugar a

las cartas-, dormía ahí, cansada porque se había acostado a la madrugada. La puerta cedió a los golpes, y oí los gritos de Sylvia cuando Mariano se abalanzó sobre ella, para darle una paliza. El niño, que estaba calladito en el comedor, empezó a llorar también con grandes lagrimones.

El verano había vuelto, me sentía egoísta. Fui al baño. El agua me parecía caliente, incapaz de refrescarme la cara, ni de limpiarla.

87.

A la noche sonaba un bolero: "¡Mírame, sultana! piensa que mañana / ya los dos tendremos la cabeza cana / y acaso estaremos hastiados de amar". El Quispe respiró hondo, miró, a lo lejos, un fondo lleno de remiserías y me anunció:

-Muchacho, los meses no pasan en vano... -creí que iba a hablarme de su oficio y de su mesa de coser-, y hay momentos en que hay que tomar importantes decisiones. Ya has aprendido, has ganado conocimiento y experiencia. Ya eres mayor. Ya debes pensarlo. ¿Quieres seguir siendo el ayudante de Pedro o quieres empezar a trabajar por tu cuenta?

-Quiero empezar a trabajar por mi cuenta, Quispe.

-Ah ¿sí? Pues sigues trabajando con Pedro, porque no tienes veintiún años, ni criterio formado, ni capacidad para tomar decisiones, muchacho.

Sin embargo, el mal ya estaba hecho. Se me ocurrió tratar de independizarme. En el mismo bar de Bonorino otra tarde conocí a Pablo. Invitaba con cervezas y buscaba gente para una changa en Laferrere: había que levantar un muro en una quinta, después de hora. Empecé a viajar a Laferrere, con el colectivo 46 que no venía y llegaba lleno o con el tren que nunca acertaba en el horario.

-Llegas tarde -era la bienvenida de Pablo cada vez que yo llegaba. Vivía en Laferrere, y siempre estaba ahí, esperando, dirigiendo a los ayudantes con energía.

El muro era muy alto y muy largo, pero se levantó pronto, y después lo pintamos gris plomo. Pablo nos dijo que la semana que viene nos pagaba. Siete días después empezaron los problemas. Seguí viajando todas las tardes a Laferrere: la casa de Pablo estaba desierta, Pablo había tenido un catarro muy fuerte y no había podido ir a buscar el dinero al banco, Pablo y su mujer habían ido de peregrinación al festival de Urkupiña en Lugano... Las cosas fueron de mal en peor: la mujer de Pablo había sido atropellada por un coche en la esquina, Pablo había ido a visitarla al hospital, Pablo había tenido arritmias y luego un ataque al corazón... Comprendí que había llegado el momento de suspender los viajes a Laferrere.

Yo continué trabajando con Pedro. No me arrepiento. Si hubiera seguido cambiando de oficio, mis memorias serían como las de los que se han casado siete veces: los ratos buenos se han perdido en la noche de los tiempos, y sólo queda el recuerdo de un millón de pleitos.